
HARLEQUIN
Deseo
Suya por un mes
MICHELLE CELMER

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

SUYA POR UN MES, N.º 1864 - julio 2012
Título original: One Month with the Magnate
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2012

I.S.B.N.: 978-84-687-0665-8
Editor responsable: Luis Pugni
ePub: Publidisa

Capítulo Uno

Aquel momento era, sin lugar a dudas, el peor momento de la vida de Isabelle Winthrop Betts.

Ni el dolor de las bofetadas de su padre le había causado una humillación tan profunda como la que sentía por culpa de Emilio Suárez, un hombre del que había estado enamorada y con el que había considerado la posibilidad de casarse.

Pero su padre se había asegurado de que no se casaran. E Isabelle comprendió la reacción de Emilio cuando ella entró en su despacho de la Western Oil y él le dedicó una mirada amarga y distante, como la de un rey sentado en su trono que se dirigiera a un súbdito sin ninguna importancia.

Al fin y al cabo, Isabelle era precisamente eso. Gracias a Leonard, el hombre que al final se había convertido en su marido, había pasado de ser una de las mujeres más ricas del Estado de Texas a ser una viuda sin casa, sin dinero y a punto de ser condenada por un supuesto delito de fraude.

Y todo, por haber sido demasiado ingenua. Por haber confiado en su esposo y por haber firmado, sin leerlos antes, los documentos que le dio a firmar.

Pero ella no podía dudar de la persona que la había rescatado del infierno; de la persona que seguramente le había salvado la vida.

Y el muy canalla de Lenny había muerto antes de poder exonerarla.

–¿Cómo te atreves a pedirme ayuda?

La suave y profunda voz de Emilio, que siempre había excitado las terminaciones nerviosas de Isabelle, sonó esta vez con tanta hostilidad que

la dejó helada. Con una hostilidad que también comprendía, porque le había partido el corazón. Pero no tenía más remedio que ponerse en sus manos y esperar que se apiadara de ella.

–¿Por qué has venido a mí? –continuó, escudriñándola con sus ojos de color gris oscuro–. ¿Por qué no acudes a tus amigos ricos?

Isabelle podría haber contestado que acudía a él porque su hermano era el fiscal que llevaba la acusación por fraude; incluso podría haber contestado que ya no tenía amigos, que todos habían invertido su dinero en los negocios de Lenny y que algunos habían perdido muchos millones dólares. Pero se limitó a decir:

–Porque eres el único que me puede ayudar.

–¿Y por qué querría ayudarte? ¿No te has parado a pensar que me puede agradar la idea de que termines en prisión?

Isabelle intentó sobreponerse al dolor que sus palabras le causaron y al hecho aparentemente obvio de que la odiaba.

Pensó que sería feliz cuando supiera que, según su abogado, Clifton Stone, apenas tenía posibilidades de librarse de la cárcel; las pruebas contra ella eran tan concluyentes que, desde su punto de vista, solo quedaba una opción: llegar a un acuerdo con el fiscal. Y aunque la perspectiva de volver a la cárcel le daba pánico, estaba preparada a asumir la responsabilidad de sus actos y aceptar el castigo que la Justicia considerara apropiado.

Desgraciadamente, Lenny también había involucrado a la madre de Isabelle en sus chanchullos. E Isabelle no podía permitir que Adriana Winthrop pasara el resto de sus días en prisión; sobre todo, después de que su esposo la sometiera a muchos años de maltrato físico y emocional.

–No me importa lo que me ocurra –le confesó Isabelle–. Solo quiero limpiar el buen nombre de mi madre.

No tuvo nada que ver en los negocios de Leonard.

–Querrás decir en los negocios de Leonard y en los tuyos –la corrigió.

Ella tragó saliva y asintió en silencio.

–Entonces, ¿admites tu culpabilidad?

Antes de responder, Isabelle pensó que, si la confianza ciega era un delito, era definitivamente culpable.

–Admito que soy responsable de haberme metido en este lío.

–Pues tendrás que salir sola de él. Además, ahora no tengo tiempo de hablar contigo. Has venido en mal momento.

Isabelle sabía que estaba muy ocupado. La semana anterior se había producido un accidente en una refinería, en el que habían resultado heridos

varios trabajadores. De hecho, la sede de la Western Oil se encontraba prácticamente asediada por los periodistas.

Pero no podía esperar más. Se estaba quedando sin tiempo. Necesitaba su ayuda y la necesitaba de inmediato.

–Sé que es mal momento, Emilio. Pero esto es urgente.

Emilio se recostó en su sillón, se cruzó de brazos y la miró. Con traje y el pelo peinado hacia atrás, se parecía muy poco al chico que había sido amigo suyo desde la adolescencia. El chico del que se había enamorado a primera vista, cuando ella tenía doce años y él, quince. El chico que no se había fijado en ella hasta mucho tiempo después, cuando ya eran estudiantes universitarios.

La madre de Emilio era la mujer que limpiaba la casa de los padres de Isabelle. Y para el padre de Isabelle, ese detalle convertía a Emilio en poco menos que un apestado.

A pesar de ello y de saber que pagarían un precio muy alto si los descubrían, empezaron a salir en secreto. Pero tuvieron suerte. Hasta que el padre de Isabelle se enteró de que habían hecho planes para fugarse.

No contento con castigar a su hija, despidió a la madre de Emilio y la acusó falsamente de haber robado en la casa, a sabiendas de que nadie querría contratar a una ladrona.

Ahora, años más tarde, Isabelle pensó que su padre se estaría revolviendo en la tumba. El hijo de la criada se había convertido en un hombre poderoso y ella se humillaba ante él para pedirle ayuda.

Indiscutiblemente, su padre había cometido un error muy grave con Emilio.

–Entonces, ¿has venido a verme por tu madre?

Isabelle asintió.

–Mi abogado afirma que tu hermano tiene el apoyo de los medios de comunicación y que, en esas circunstancias, no querrá llegar a un acuerdo. Pero si la condenan, pasará unos cuantos años en la cárcel.

–Puede que también desee verla en prisión…

A Isabelle se le erizó el vello. Adriana Winthrop siempre había sido afectuosa con Emilio y con su madre. No les había hecho ningún daño. Solo era culpable de haberse casado con un maltratador. Aunque en eso tampoco era completamente culpable, porque había intentado divorciarse de él y había pagado caro su atrevimiento.

–Y supongo que te has presentado aquí con ese aspecto porque crees que así sentiré lástima de ti, ¿verdad?

Ella se resistió al impulso de bajar la mirada y contemplar la blusa y los pantalones pasados de moda que se había puesto. Emilio no parecía saber que le habían confiscado todas sus posesiones y que ya no era la mujer que había sido. Se había vestido así porque no tenía nada mejor.

–No me das pena –continuó– En mi opinión, tienes lo que te mereces.

Isabelle pensó que en eso tenía razón.

Y pensó que se había equivocado al acudir a él. No la iba a ayudar. Su amargura era demasiado profunda.

Se levantó del sillón, derrotada, y habló con voz temblorosa.

–Bueno… de todas formas, te doy las gracias por haberme concedido unos minutos.

–Siéntate –ordenó.

–¿Para qué? Es obvio que no me vas a ayudar.

–Yo no he dicho que no te vaya a ayudar.

Las débiles esperanzas de Isabelle renacieron. Se volvió a sentar y escuchó a su antiguo novio.

–Intercederé ante mi hermano en defensa de tu madre, pero me temo que tendrás que hacer algo a cambio.

Isabelle sintió un escalofrío.

–¿Qué quieres que haga?

–Serás mi ama de llaves durante treinta días. Me prepararás la comida y limpiarás la casa y la ropa. Harás cualquier cosa que te pida. Y al final de esos treinta días, si estoy satisfecho con tu trabajo, hablaré con mi hermano.

Emilio le estaba pidiendo que trabajara para él como su madre había trabajado para la familia de ella. Obviamente, era una venganza.

Isabelle se preguntó qué le habría pasado al chico dulce y de gran corazón del que se había enamorado en su juventud. El chico que jamás habría sido capaz de trazar un plan tan diabólico como ese y mucho menos, de ejecutarlo.

Había cambiado mucho. Y se le hizo un nudo en la garganta al pensar que probablemente era culpa suya; que se había convertido en un hombre despiadado por el daño que ella le hizo cuando lo abandonó.

En otras circunstancias, Isabelle habría rechazado la oferta. Cuando su padre murió, se había prometido que jamás se dejaría controlar por nadie. Pero la vida de su madre estaba en juego y tenía que ayudarla. Además, se había tragado el orgullo tantas veces desde que la llevaron a los tribunales que se había acostumbrado a ello.

A pesar de lo que Emilio pudiera creer, ya no era la jovencita tímida

que había sido. Ahora era fuerte. Podía soportar cualquier cosa.

–¿Cómo sé que puedo confiar en ti, Emilio? ¿Cómo sé que no cambiarás de opinión cuando se cumpla el plazo?

Él se echó hacia delante y la miró con indignación.

–Lo sabes porque siempre fui sincero contigo.

Isabelle no lo podía negar. Era cierto. A diferencia suya, Emilio siempre había sido sincero. Y aunque ella había tenido un buen motivo para romper su palabra, pensó que a esas alturas carecía de importancia.

Aunque le dijera la verdad, no la creería. Si es que le importaba.

–No hace falta que me contestes ahora –continuó Emilio–. Tómate tu tiempo y piénsalo con calma.

Isabelle no necesitaba tiempo para pensar. Porque no tenía tiempo que perder. Solo faltaban seis semanas para que su abogado y ella misma se reunieran con el fiscal del caso, y su abogado ya le había advertido que las perspectivas eran malas.

No tenía más remedio que aceptar su propuesta.

Pero al menos, sabía que Emilio no le haría daño. Aunque aparentemente se hubiera convertido en un hombre frío e insensible, nunca había sido un hombre violento. Siempre se había sentido a salvo con él.

Decidida, echó los hombros hacia atrás y declaró:

–De acuerdo. Acepto.

A pesar de los quince años que habían transcurrido desde que se separaron, Emilio pensó que Isabelle Winthrop seguía siendo la mujer más hermosa que había conocido.

Pero la consideraba una víbora egoísta, narcisista y mentirosa. Una víbora de alma más negra que el carbón. Una víbora que lo había abandonado sin más después de decirle que estaba enamorada de él y que no le importaban ni el dinero ni el estatus social ni el hecho de que su madre hubiera sido una simple criada.

Y Emilio la creyó. Hasta el día en que leyó un artículo en el periódico donde se anunciaba que Isabelle Winthrop se iba a casar con Leonard Betts, un multimillonario, un verdadero genio de las finanzas.

Por lo visto, el dinero era muy importante para ella. Tanto como para casarse con un hombre que le sacaba veinticinco años.

Pero al final, cuando ya se habían dicho todo lo que se tenían que decir, Emilio pensó que su relación con Isabelle no había sido totalmente inútil. Le había enseñado que no debía fiarse de las mujeres y, a partir de

entonces, tuvo mucho cuidado de no volverse a enamorar.

Ahora, el destino le había ofrecido la posibilidad de darle una lección.

Emilio no estaba seguro de que Isabelle fuera una delincuente, como su difunto esposo. Solo sabía que había firmado unos documentos y que, desde un punto de vista legal, era responsable. Pero en cualquier caso, se iba a vengar de ella.

La miró a los ojos y dijo:

–Hay una condición.

Isabelle se echó la rubia melena hacia atrás, en un gesto de evidente nerviosismo.

–¿Qué condición?

–Que tiene que quedar entre nosotros. Nadie lo debe saber.

Emilio necesitaba que lo mantuvieran en secreto porque, si se llegaba a saber que la estaba ayudando, perdería sus opciones de convertirse en presidente de la Western Oil. Competía para el cargo con Jordan Everett y su hermano, Nathan Everett, dos amigos suyos y dos grandes profesionales. A diferencia de ellos, no había estudiado en Harvard ni había tenido padres ricos. Estaba donde estaba porque se lo había ganado con su trabajo.

Pensó que quizás cometía un error al arriesgarlo todo por una venganza. Pero no podía desaprovechar esa oportunidad.

Tras la muerte de su padre, su madre se había visto obligada a trabajar como una esclava para sacarlos adelante a sus tres hermanos y a él. Luego, años después de que los Winthrop la despidieran, les confesó que el padre de Isabelle la había sometido a abusos verbales y hasta sexuales, que había aceptado porque no podía perder el empleo. Y al final, no contentos con despedirla, la acusaron de robo para que nadie la contratara.

En realidad, Emilio no tenía opción. Desde su punto de vista, estaba obligado a vengar a su madre y a su familia entera.

–Me extraña que lo quieras mantener en secreto –dijo Isabelle–. Imaginaba que arderías en deseos de jactarte de ello ante tus amigos.

–Te recuerdo que soy el director financiero de esta empresa. Ni la Western Oil ni yo mismo ganaríamos nada si se llegara a saber que tengo tratos con una mujer sobre la que pesa una acusación por fraude.

–Ah, entiendo…

–Si se lo dices a alguien, haré algo más que romper nuestro acuerdo. Me aseguraré de que tu madre y tú os pudráis en prisión.

–Pero no puedo desaparecer así como así durante treinta días –alegó–. Mi madre querrá saber dónde estoy.

–Entonces, dile que te vas a casa de una amiga porque necesitas tiempo para pensar y para recuperarte.

–¿Y qué pasa con las autoridades? Estoy en libertad condicional. Si la violo, me devolverán a la cárcel. No puedo irme del hotel donde me alojo… me obligan a permanecer allí.

–Yo me ocuparé de eso –dijo Emilio, seguro de que a su hermano se le ocurriría algo.

–En tal caso, descuida. No se lo diré a nadie.

Emilio le dio una hoja de papel y un bolígrafo antes de ordenar:

–Escribe tu dirección actual. Mi chofer pasará a recogerte esta noche.

Isabelle se inclinó sobre la mesa y apuntó la dirección. Él pensó que sería la de su madre o la de algún hotel de lujo, pero se llevó una sorpresa al ver que se trataba de un hotel de mala muerte en uno de los peores barrios de la ciudad.

Al parecer, su situación económica era catastrófica. O quería fingir que lo era.

Al fin y al cabo, su marido había robado muchos millones de dólares. Y parte de ese dinero seguía en paradero desconocido.

Por lo que Emilio sabía, Isabelle los podía tener en alguna parte. Tal vez quería llegar a un acuerdo con el fiscal y salvar a su madre para, a continuación, huir de la ciudad con el botín.

–El chófer estará allí a las siete en punto. Tus treinta días de servicio empezarán mañana. ¿De acuerdo?

Ella asintió con la barbilla bien alta y él pensó que no se mostraría tan orgullosa cuando empezara a trabajar. Isabelle no había trabajado en toda su vida. Indudablemente, sería una criada desastrosa.

–¿Necesitas que te lleven al hotel?

Ella sacudió la cabeza.

–No, he venido en el coche de mi madre.

–Debe de ser muy duro para ti…

–¿A qué te refieres?

–A tener que conducir tú misma, después de tantos años de lujo. Me asombra que todavía sepas llevar un coche.

Emilio se dio cuenta de que Isabelle estuvo a punto de perder la paciencia y de que se contuvo a duras penas. Evidentemente, seguía siendo una mujer muy dura. Pero no sabía con quién estaba tratando. Él ya no era el hombre ingenuo y confiado que había sido.

Se levantó del sillón y ella hizo lo mismo.

Le ofreció una mano para sellar el acuerdo y ella la aceptó y soltó un grito ahogado cuando él cerró sus dedos con fuerza, de un modo casi posesivo.

Isabelle intentó disimular su reacción, pero fue demasiado tarde. Emilio ya había notado que, a pesar de los años transcurridos, todavía se sentía atraída por él. Y eso era exactamente lo que estaba esperando. Porque lo de llevarla a su casa y convertirla en su criada no era más que una treta para ejecutar su verdadero plan.

Cuando estaban juntos, Isabelle había insistido en esperar hasta el día de su boda para hacer el amor con él. Ingenuamente, Emilio había aceptado y había respetado su deseo durante un año tan largo como tortuoso. Pero luego, ella le abandonó y se marchó.

Había llegado el momento de devolverle la pelota.

Seduciría a Isabelle, lograría que lo deseara con toda su alma y entonces, solo entonces, la rechazaría.

Cuando terminara con ella, la cárcel le iba a parecer el paraíso.

Capítulo Dos

–¿Esa mujer es quien creo que es?

Emilio apartó la mirada de la pantalla del ordenador y descubrió que Adam Blair, aún presidente de la Western Oil, se encontraba en la entrada del despacho.

La noticia de la visita de Isabelle se había extendido con rapidez. Su antigua novia había dado un nombre falso en recepción, pero era evidente que la habían reconocido. Afortunadamente, Adam sabía que Emilio y ella habían mantenido una relación en el pasado y no se llevó ninguna sorpresa; lo sabía porque el propio Emilio se lo había dicho antes de que estallara el escándalo del fraude.

–Sí. Es Isabelle Winthrop Betts.

–¿Qué quería?

–Mi ayuda. Quiere limpiar el buen nombre de su madre y pretende que interceda ante mi hermano en su defensa.

–¿Solo en defensa de su madre?

–En efecto. Indirectamente, me ha confesado que ella es culpable y que está dispuesta a asumir la responsabilidad de sus actos.

Adam arqueó una ceja.

–Qué… sorprendente.

A Emilio también se lo parecía. Siendo hermano de un fiscal, había oído todo tipo de historias sobre todos los tipos de delincuentes y sabía que casi nunca admitían su culpabilidad. Si Isabelle la admitía, debía de ser porque estaba tramando algo. Quizás, como ya había pensado, que tenía

intención de huir con su madre y con el dinero.

–¿La vas a ayudar?

–Bueno, le he dicho que hablaré con Alejandro.

–Eso también me sorprende. La última vez que hablamos de ella, me pareció que no la habías perdonado.

Además de ser su jefe, Adam también era uno de sus mejores amigos. Sin embargo, dudaba de que Adam pudiera entender su necesidad de venganza. No era de esa clase de personas. A fin de cuentas, nadie le había traicionado como Isabelle le había traicionado a él.

Por ese motivo, decidió mantener su plan en secreto. Además, Adam se habría opuesto a cualquier cosa que pudiera dar mala prensa a la Western Oil.

–Es que soy un sentimental –mintió.

Adam soltó una carcajada.

–Discúlpame, Emilio, pero esa palabra no ha estado nunca en tu vocabulario, ni siquiera con respecto a tu madre. Dime que no vas a hacer una estupidez.

–No te preocupes, Adam. Te doy mi palabra.

–Está bien, te creo.

Justo entonces, Adam recibió un mensaje.

–Ah, es Katy… dice que se quedará unos cuantos días en El Paso y que luego podemos volver juntos a Peckins, en coche.

Katy era la prometida de Adam. Y además de ser su prometida, también era su excuñada y una embarazada de cinco meses.

–¿Cuándo os vais a casar? –preguntó Emilio.

–Entre Navidad y Año Nuevo. Será una ceremonia íntima, en el rancho de sus padres… te lo diré en cuanto tomemos la decisión. Me gustaría hacerlo oficial antes de que nazca el niño –respondió Adam, que echó un vistazo rápido al reloj–. En fin, te dejo. Tengo que terminar varias cosas antes de irme.

–Saluda a Katy de mi parte.

–¿Seguro que sabes lo que estás haciendo?

Emilio asintió.

–Seguro.

Cuando Adam salió del despacho, Emilio descolgó el teléfono y llamó a la secretaria de su hermano, que le puso inmediatamente con él.

–Hola, hermano mayor –dijo Alejandro–. Hace tiempo que no nos vemos… los niños echan de menos a su tío favorito.

Alejandro tenía razón. Emilio no veía con mucha frecuencia a sus sobrinos, de nueve, seis y dos años de edad. Pero a pesar de ello, los adoraba.

–Lo siento. Las cosas se han complicado bastante desde el accidente en la refinería.

–¿Ya se sabe algo?

–Todavía no, aunque hay indicios de que podría haber sido un sabotaje. Vamos a hacer una investigación interna, pero que eso quede entre nosotros.

–Por supuesto –dijo–. ¿Sabes que estaba a punto de llamarte? Alana ha estado en el médico esta mañana.

Está embarazada otra vez.

Emilio rio.

–¡Felicidades! Pensé que no iríais a por el cuarto…

–Y no teníamos intención, pero ya sabes que estaba obsesionada con tener una niña y quiso intentarlo otra vez.

A Emilio, que no se imaginaba ni con un solo hijo, le pareció asombroso que Alejandro quisiera cuatro. Años atrás, había deseado fundar una familia. Isabelle y él querían tener dos niños. Pero había pasado mucho tiempo desde entonces.

–Los niños estarán encantados…

–Todavía no saben nada, pero supongo que lo estarán. Por lo menos, Alex y Reggie… Chris es demasiado pequeño para entenderlo.

–Cambiando de tema, ¿has sabido algo de Estefan? –preguntó, refiriéndose a su hermano, el segundo más pequeño de los cuatro.

Como Estefan siempre andaba metido en asuntos de juego y de drogas, solo tenían noticias de él cuando necesitaba dinero o un sitio donde quedarse. Su madre vivía atemorizada ante la posibilidad de que la policía los llamara algún día para pedirles que pasaran por la morgue para identificar su cadáver.

–No, nada. Y no sé si sentirme aliviado o preocupado por ello… pero Enrique me ha enviado un mensaje de correo electrónico. Está en Budapest.

Enrique, el menor de los hermanos Suárez, era el nómada de la familia. Tres años antes, al terminar los estudios universitarios, se había marchado de viaje a Europa. Y todavía no había vuelto.

De cuando en cuando, subía fotografías a Internet de sus últimas aventuras o les enviaba una postal o un mensaje de correo electrónico. A veces, incluso, se molestaba en llamar por teléfono. Siempre prometía que

volvería pronto a casa, pero siempre encontraba un lugar nuevo por visitar o una causa nueva a la que dedicar su vida.

Emilio y Alejandro estuvieron charlando unos minutos sobre la familia y el trabajo.

–Necesito que me hagas un favor.

–Lo que quieras.

–Isabelle Winthrop se marchará de su hotel esta noche. En lo que respecta a la fiscalía, se sigue alojando allí.

Alejandro soltó una maldición y dijo:

–¿Qué está pasando, Emilio?

–Nada importante. No es lo que crees.

Emilio le habló de la visita de Isabelle y le contó el acuerdo al que habían llegado, aunque no dijo nada sobre su intención de seducirla. Alejandro era un hombre de familia y no lo habría entendido. A él no le habían roto nunca el corazón. Alana había sido su primer amor, y con excepción de unas cuantas aventuras amorosas cuando estaban en la universidad, siempre habían sido inseparables.

–¿Es que te has vuelto loco? –preguntó Alejandro al final.

–Sé lo que estoy haciendo.

–Si mamá se entera, te va a matar. Y después de matarte a ti, me matará a mí por haberte ayudado.

–Precisamente lo hago por mamá. Por todos nosotros.

Por lo que el padre de Isabelle le hizo a nuestra familia.

–Sí, claro que sí –ironizó su hermano–. Seguro que no tiene nada que ver con el hecho de que te abandonara.

Emilio se puso tenso.

–Tú mismo dices que es culpable.

–Presuntamente, sí.

–¿Presuntamente?

–Tenemos datos nuevos sobre el caso.

Emilio frunció el ceño.

–¿Qué datos?

–Sabes que no te lo puedo decir. De hecho, no debería decirte nada ni, por supuesto, ayudarte. Si alguien de la fiscalía se llega a enterar de lo que estás haciendo…

–No lo sabrá nadie.

–Espero que no, porque me estoy jugando el puesto.

Emilio no tenía intención de presionar a su hermano, pero pensó que no

le había dejado más remedio.

–Sin mí, hermanito, no tendrías ese puesto –le recordó.

Aunque Alejandro no quería casarse ni tener hijos hasta terminar sus estudios, Alana se había quedado embarazada cuando él estaba en el último año de Derecho. Con un niño que mantener y una esposa sin trabajo, no habría podido terminar la carrera sin la ayuda de Emilio.

Pero era la primera vez que Emilio se lo echaba en cara.

–Está bien –dijo Alejandro, molesto–. Quiero creer que sabes lo que haces.

–Lo sé.

–Seré sincero contigo, pero recuerda que yo no te he dicho nada… si el abogado de Isabelle hubiera presionado un poco más, la fiscalía habría aceptado un acuerdo sobre su madre y la habríamos dejado en libertad.

–Es curioso, porque su abogado le ha dicho que no aceptaríais un acuerdo.

–Lo nuestro era un farol. Es evidente que ese abogado no está a la altura y no la está aconsejando bien.

–¿Qué significa eso?

–No te lo puedo decir.

–¿Es que es un incompetente?

–No, ni mucho menos. Es Clifton Stone, el abogado de los Betts, un verdadero tiburón de los tribunales. Representa a Isabelle *pro bono*.

–*¿Pro bono?* ¿Sin cobrar? ¿Por qué?

–Porque Isabelle está en la ruina. El Estado inmovilizó sus cuentas bancarias cuando la arrestaron, y todas sus pertenencias se han vendido en subasta para indemnizar a los afectados por el fraude.

–¿Todas?

–Sí. Me extrañó que no ofreciera resistencia, pero no luchó ni por su ropa… Simplemente, se rindió.

–Sin embargo, hay varios millones de dólares que aún no habéis localizado, ¿verdad?

–En efecto. Pero si los tiene ella, no los ha tocado.

–Comprendo… aunque sigo sin entender lo de Clifton Stone –dijo–. ¿Por qué la está aconsejando mal?

–Buena pregunta.

Emilio decidió no insistir. Se había dado cuenta de que su hermano no le iba a dar más información al respecto.

–¿Seguro que haces esto por venganza? –preguntó Alejandro.

–¿Por qué si no?

–Porque han pasado muchos años desde entonces y no has tenido ninguna relación seria con nadie. Cabe la posibilidad de que, en el fondo, todavía sientas algo por ella. Puede que sigas enamorado.

Emilio sacudió la cabeza. Isabelle le había destrozado el corazón.

–Eso es imposible.

La casa de Emilio era preciosa, pero Isabelle no esperaba menos.

Se encontraba en una de las zonas más elegantes de El Paso. Ella lo sabía de antemano porque había vivido en el mismo barrio hasta que se casó con Lenny. La casa de sus padres estaba a menos de dos manzanas; aunque a juzgar por la fachada del edificio, la de Emilio era más grande y más lujosa.

Era exactamente el tipo de casa que Emilio había soñado con tener. Siempre había sido ambicioso. Y por lo visto, había conseguido todo lo que quería.

Isabelle se alegraba por él porque se lo había ganado. Además, lamentaba no haberse casado con él y no poder hacer las paces; pero ya era demasiado tarde para eso. El daño era irreparable.

Pensó que algunas personas no estaban hechas para tenerlo todo y que ella era una de esas personas; pero automáticamente se maldijo por sentir lástima de sí misma.

A decir verdad, era una mujer afortunada. Sus quince años de matrimonio con Lenny habían sido quince años de lujo. No le había faltado nada. Tenía todo lo que podía querer. Salvo un hombre que la amara y la deseara de verdad.

Pero tampoco se podía quejar en ese sentido.

Con Lenny se había sentido a salvo. Por lo menos, hasta la acusación.

Ahora, la cárcel le daría la posibilidad de pensar en sus errores y en lo que podría haber sido y no fue. Aunque antes tenía que limpiar el buen nombre de su madre.

La limusina se detuvo delante de la mansión. El chófer salió del vehículo y le abrió la puerta. Al bajar, Isabelle sintió un escalofrío; la temperatura había bajado mucho y solo llevaba un jersey fino. Necesitaba ropa más cálida y un abrigo de invierno.

El sol ya se había puesto, pero la casa y los jardines estaban bien iluminados. Aun así, se sintió algo inquieta cuando el conductor se dirigió al maletero para sacar su bolsa de viaje, que dejó en el suelo antes de

despedirse y volver al coche.

Mientras la limusina se alejaba, Isabelle respiró hondo, alcanzó la bolsa y caminó hacia la puerta principal de la mansión, flanqueada por dos columnas enormes. Al ver la vidriera redonda que estaba sobre la puerta, se dijo que debía de estar preciosa cuando la luz de la mañana la atravesara.

Subió los escalones y llamó al timbre, extrañada de que Emilio no saliera a recibirla. Como no abrió, llamó otra vez. Y tras varios minutos de espera, empezó a pensar que todavía no había vuelto del despacho.

Y se estaba preguntando si se habría equivocado de dirección cuando tuvo la sospecha de que aquello era algún tipo de venganza. Sin embargo, no podía creer que Emilio fuera capaz de hacer algo tan ruin. El Emilio que ella había conocido era el hombre más caballeroso y amable de la Tierra.

Llamó una vez más y, justó entonces, oyó una voz a su espalda.

–No insistas. No estoy en casa.

Emilio estaba en el vado de la mansión, vestido con un chándal y con la frente cubierta de sudor, como si hubiera salido a correr.

Isabelle sonrió para sus adentros. Siempre se había mantenido en forma. En los viejos tiempos, le había acompañado varias veces al gimnasio; pero ella no iba de forma regular porque su genética, que era la envidia de sus amigas, le aseguraba un cuerpo esbelto permanente.

Emilio subió los escalones y se detuvo junto a ella. Se había quedado tan cerca que podía notar su calor y oler la tentadora combinación de su loción para después del afeitado, la brisa de la noche y el aroma a hombre de carne y hueso.

Se sintió atrapada entre el deseo de respirar hondo y el de salir corriendo; pero se quedó en el sitio, mirándolo a los ojos mientras pensaba que el tiempo había sido bueno con él. Seguía siendo tan atractivo como antaño.

–¿Dónde está el resto de tu equipaje?

Isabelle miró su bolsa.

–Esto es todo.

Él arqueó una ceja.

–Pues viajas con pocas cosas…

En realidad, la bolsa de viaje contenía casi todas las pertenencias de Isabelle. Cuando los federales cerraron su casa, no hizo el menor esfuerzo por salvar sus posesiones. No soportaba la idea de llevar ropa comprada con dinero sucio. Y por supuesto, tampoco echaba de menos las joyas, las obras de arte y los equipos electrónicos que las autoridades habían

subastado. Lo único que extrañaba era su cafetera.

Emilio se giró hacia el panel de la entrada e introdujo el código de seguridad. Las luces de la casa se encendieron automáticamente cuando la puerta se abrió.

Isabelle recogió su bolsa y se quedó pasmada ante la belleza del vestíbulo. De dos pisos de altura y una lámpara de araña en el techo, terminaba en una escalera doble, semicircular y enteramente de mármol.

–Es preciosa…

–Te enseñaré tu habitación y después te daré una vuelta por la casa. Mi ama de llaves te ha dejado una lista con las tareas diarias y otra con los menús posibles.

–Espero que no la hayas despedido.

Emilio la miró con seriedad.

–Por supuesto que no. De hecho, le he dado una paga extra..

Isabelle pensó que era un hombre generoso, aunque tenía tanto dinero que se lo podía permitir. Y se alegró de que el ama de llaves le hubiera dejado instrucciones. Nunca había cocinado ni cuidado de una casa, pero estaba convencida de que sería fácil y, en cualquier caso, estaba dispuesta a aprender.

Emilio la llevó a través de una cocina gigantesca con armarios de caoba y encimeras de mármol. Después, dejaron atrás una alhacena y una salita pequeña y siguieron hacia la parte trasera del edificio.

Su habitación era pequeña; tenía una cama, una mesita de madera con una silla acolchada y una cómoda alta y estrecha. Las paredes eran de color blanco, sin un solo elemento decorativo. No se podía decir que fuera precisamente lujosa, pero al menos estaba más limpia y era más digna que la habitación del hotel donde se había alojado.

Dejó la bolsa de viaje en el suelo y preguntó:

–¿Dónde está la habitación de tu ama de llaves?

–No vive aquí. Yo prefiero estar solo.

–Pero a pesar de ello, me has invitado a venir…

Emilio frunció el ceño.

–Podrías mudarte a la casita de la piscina, pero no tiene calefacción y resultaría desagradable en invierno –observó–. Por cierto, tu uniforme está en el primer cajón de la cómoda.

Isabelle se llevó una sorpresa porque Emilio no había mencionado que la quisiera de uniforme. Se preguntó si la humillaría con algún atuendo especialmente atrevido u obsceno.

Sin embargo, sus temores desaparecieron cuando abrió el cajón correspondiente y encontró un vestido sencillo, de color gris y con el cuello blanco. Era muy parecido al que llevaba la madre de Emilio cuando limpiaba la casa de sus padres.

Cerró el cajón y se dio la vuelta.

Emilio se había quedado en el umbral, con los brazos cruzados, bloqueando la salida.

E Isabelle se asustó.

Quizás se había equivocado con él. Quizás la había llevado allí para abusar de ella, para tomar por la fuerza lo que le había negado quince años antes.

Pero la idea le pareció ridícula. Emilio era un hombre perfectamente capaz de controlarse; era el hombre que se había contenido durante un año entero porque su novia se había empeñado en llegar virgen a la noche de bodas.

Fuera como fuera, él debió de notar su aprensión. Porque arqueó una vez más la ceja y preguntó:

–¿Te doy miedo, Izzie?

Capítulo Tres

Izzie. Emilio era la única persona que la llamaba así. Y al oírlo otra vez, después de tantos años, Isabelle revivió la esperanza y la felicidad de aquellos días; la certeza de que, mientras siguieran juntos, podrían afrontar cualquier obstáculo.

Pero la sensación le duró poco. Isabelle ya no era la misma. Había descubierto que algunos obstáculos eran infranqueables.

–No me das miedo –declaró.

Él dio un paso adelante.

–¿Seguro que no? Durante un momento, me ha parecido que estabas nerviosa.

Isabelle se resistió al deseo de retroceder. Pero no habría retrocedido porque tuviera miedo de Emilio, sino porque estaba violando su espacio personal y porque no le gustaba que le hiciera sentirse indefensa.

Además, todavía sentía algo por él.

–Seguro que no. Eres incapaz de hacer daño a nadie –respondió.

Emilio dio otro paso y se quedó tan cerca que ella tuvo que echar el cuello hacia atrás para poder mirarle a los ojos.

–Puede que haya cambiado…

Isabelle sabía que no había cambiado en ese sentido. Y por supuesto, no estaba dispuesta a dejarse intimidar.

Se cruzó de brazos y le dedicó la más firme de sus miradas. Al cabo de unos segundos, Emilio retrocedió, se dio la vuelta y salió del dormitorio con la intención evidente de que lo siguiera.

Ella pensó que era un grosero. Un anfitrión educado le habría concedido tiempo para deshacer el equipaje y refrescarse; incluso tal vez le habría ofrecido algo de beber. Pero él no era su anfitrión. Era su jefe. O más exactamente, su guardián; porque aquella mansión iba a ser una especie de cárcel.

Al pasar por la cocina, Emilio se acercó a la encimera, alcanzó la lista que había mencionado y se la dio. Cuando Isabelle vio que tenía ocho páginas, estuvo a punto de tragarse la lengua. Su sorpresa fue tan obvia que él preguntó:

–¿Hay algún problema?

Ella sacudió la cabeza y tragó saliva.

–No, ninguno.

Isabelle ojeó las tareas de las ocho páginas, que el ama de llaves había organizado por estancias y por frecuencia. Algunas, como limpiar las habitaciones de invitados y sus cuartos de baño, se hacían cada semana; otras, como sacar brillo a las encimeras de la cocina y los mármoles del vestíbulo, se hacían cada día.

Había tantas cosas que hacer que le pareció un objetivo imposible. Tendría que estar limpiando y cocinando todo el tiempo.

–Voy a cambiar algunas cosas de los menús, pero te los daré mañana –dijo Emilio–. Supongo que sabes cocinar.

Isabelle asintió, aunque sus conocimientos al respecto se limitaban a meter platos precocinados en el microondas y a calentar agua.

–Me las arreglaré.

–Por supuesto, también serás responsable de las compras. Tendrás un coche a tu disposición. Y puedes comer todo lo que desees… aunque, a juzgar por tu aspecto, es evidente que no comes demasiado.

Ella se encogió de hombros. Con tanto estrés, nunca tenía hambre.

–Como dicen en Hollywood, una mujer nunca está demasiado delgada.

–¿En Hollywood? Me parece interesante para una mujer que se sigue vistiendo como una mojigata –declaró con desprecio–. Si no recuerdo mal, solo te quitabas la ropa en la oscuridad… y si yo entraba en la habitación, te metías bajo las sábanas cuando encendía la luz.

Isabelle odió a Emilio con todas sus fuerzas. No se había vestido de un modo tan conservador porque quisiera ocultar su cuerpo, sino para ocultar las cicatrices y los arañazos. Si él las hubiera visto, habría exigido una explicación; y si ella le hubiera dicho la verdad, habría ocurrido algo malo. En realidad, se había vestido así por él, para protegerlo. Y sin embargo, se

lo echaba en cara.

Pensó que tenía treinta días muy duros por delante; pero también pensó que lo podía soportar y que sería más fácil cuanto menos dijera.

El hecho de que Isabelle permaneciera en silencio y no intentara defenderse pareció confundir a Emilio. Ella esperó otro ataque; pero en lugar de eso, hizo un gesto para que salieran de la cocina.

–El salón está por aquí.

Aunque la hospitalidad de Emilio dejaba bastante que desear, su casa tenía todas las comodidades imaginables. Seis dormitorios, ocho cuartos de baño, una sala con los aparatos más modernos de comunicación y una sala de juegos con un gimnasio incluido. Al parecer, a Emilio le gustaba mucho la cerámica mexicana, y su colección era tan grande que decoraba una galería entera de la mansión.

A Isabelle le pareció un lugar perfecto, la apoteosis de todas sus ambiciones. Pero era demasiado perfecto; tanto que resultaba extrañamente vacío.

Al pasar por delante del dormitorio principal, él se detuvo junto a la puerta y dijo:

–No entres nunca aquí. Ni en mi despacho, que está en la planta baja.

Ella no puso ninguna objeción. Por una parte, Emilio le acababa de ahorrar trabajo y, por otra, su dormitorio era el último lugar del mundo donde quería entrar.

Por fin, terminaron de recorrer la casa y volvieron a la cocina.

–Apréndete la lista que te he dado. Espero que cumplas bien con tus tareas.

Isabelle asintió.

–Si no quieres nada más, me retiraré. Estoy agotada.

–¿A qué viene tanta prisa?

Emilio se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo de una silla. Por debajo, llevaba una camiseta que le acentuaba los músculos del pecho y del estómago.

Isabelle se sintió incómoda y pensó que sería mejor que mantuviera las distancias. Era un hombre peligrosamente atractivo; sobre todo para ella porque, en el fondo, nunca había dejado de quererlo.

–Es pronto –continuó él–. Quédate un rato.

–Estoy cansada. Y tengo que estudiar esa lista.

–Pero todavía no hemos tenido ocasión de charlar –afirmó, apoyándose en la encimera–. ¿Qué has estado haciendo durante los últimos quince

años? Además de estafar a gran parte de la alta sociedad de Texas…

Isabelle se mordió la lengua.

–¿Sabes qué es lo que más gracia me hace? Apuesto cualquier cosa a que si tus padres hubieran tenido que elegir entre tú y yo para decidir quién iba a terminar en la cárcel, se habrían decantado por mí. Por el hijo por unos inmigrantes cubanos.

Ella se mantuvo en silencio.

–¿Es que no vas a decir nada?

Isabelle sacudió la cabeza. Evidentemente, Emilio quería que entrara al trapo y que respondiera a sus insultos y provocaciones; pero se había acostumbrado a tratar con personas peores que él y no iba a perder la paciencia.

–Está bien, como quieras. Si no quieres hablar, te puedes retirar a tu habitación. Además, tengo trabajo que hacer.

Ella se marchó con la lista y no se detuvo hasta llegar a su minúsculo dormitorio. Una vez allí, cerró la puerta y se apoyó en ella.

No había mentido al afirmar que estaba agotada Hacía mucho tiempo que no dormía bien.

Miró la cama y consideró la posibilidad de dormir, pero era demasiado pronto para acostarse, así que se sentó en la silla, dejó la lista en la mesa y empezó a leer.

Según el ama de llaves, el chófer de Emilio pasaba a recoger a su jefe a las siete y media en punto, lo que significaba que tendría que levantarse hacia las seis y media para tener tiempo de prepararle el desayuno.

No le pareció una perspectiva tan deprimente; si se acostaba a las diez, podría dormir ocho horas seguidas sin que nadie le molestara. Además, en la mansión de Emilio estaría a salvo. Y podría comer algo más decente que las comidas baratas a las que se había acostumbrado por falta de dinero.

Pensándolo bien, era lo mejor que le podía haber pasado.

Siempre y cuando se mantuviera alejada de él.

En general, Emilio dormía como un tronco; pero aquella noche durmió mal porque era demasiado consciente de la presencia de Isabelle.

Su encuentro había resultado inquietante. Cuando la vio en la entrada de la mansión, esperando, tuvo una sensación muy extraña. Tras su matrimonio con Betts, Emilio se había prometido que sus caminos no se volverían a cruzar. A lo largo de los años había rechazado muchas invitaciones a actos sociales porque sabía que ella estaría presente. Y por el

mismo motivo, había elegido a sus amigos con sumo cuidado.

Había hecho todo lo posible por evitarla. Pero ahora estaba allí, durmiendo en una de las habitaciones.

Quizás habría sido mejor que se alojara en la casita de la piscina.

Miró al techo y recordó la conversación que habían mantenido. Isabelle había cambiado. Ya no era la jovencita tímida que habría reaccionado con horror e indignación ante sus provocaciones. Por lo visto, su vida de delitos la había endurecido.

Recordó las palabras de su hermano y se preguntó si sería realmente culpable. Alejandro había dicho que la fiscalía tenía datos nuevos y había insinuado que la culpabilidad de Isabelle no estaba clara.

Pero, en cualquier caso, eso no cambiaba lo que le había hecho a él. Ni lo que su padre le había hecho a su familia. Ni el detalle de que Isabelle no hubiera intentado ayudar a su madre cuando la despidieron.

Emilio deseó no haberla conocido.

Técnicamente, se conocían desde niños; aunque pasó mucho tiempo antes de que se fijara en ella. Isabelle estudiaba en un colegio privado y Emilio y sus hermanos, en uno público. A veces, cuando se cruzaban por la calle, ella le dedicaba un saludo escueto. Para Emilio, nunca fue otra cosa que la hija de los jefes de su madre; una niña presumida y mimada que no le interesaba en absoluto.

Años después, Isabelle le confesó que saludaba de un modo tan escueto porque se había enamorado de él y era demasiado tímida para hablar más.

Dejaron de verse cuando él se marchó al instituto y se reencontraron en la universidad. Un día, Isabelle se presentó en la casa que Emilio había alquilado; tenía intención de estudiar en el mismo centro y le pidió que enseñara el campus.

A él le pareció una petición extraña, viniendo de alguien a quien apenas conocía; pero se sintió obligado a ayudarla porque, a fin de cuentas, los padres de Isabelle pagaban el sueldo de su madre.

Pasaron la tarde juntos, charlando y paseando, y se dio cuenta de que aquella chica era mucho más interesante de lo que había supuesto.

Isabelle era inteligente e ingeniosa, aunque también ingenua. Comprendió que se había equivocado con ella y que lo que había tomado por engreimiento y presunción no era otra cosa que timidez e inseguridad. Incluso descubrió que, a pesar de sus diferencias sociales, Isabelle le entendía.

Sin embargo, le pareció tan joven e inocente que rechazó la posibilidad

de mantener una relación con ella. Además, sabía que los padres de Isabelle se opondrían a que saliera con el hijo de la criada.

Ya había decidido que solo podían ser amigos cuando ella le besó.

De repente, mientras se despedían, Isabelle le pasó los brazos alrededor de su cuello y le dio un beso en los labios.

Emilio se quedó asombrado, tanto por el beso como por su propia excitación. Aun así, pensó que sería capaz de resistirse. Pero no pudo. Se quedaron allí, en la oscuridad, besándose con pasión hasta que ella dijo que tenía que volver a casa.

Sin embargo, ya era demasiado tarde para él.

Se había enamorado.

Desde entonces, pasó todos sus ratos libres con ella. Y cuando no estaban juntos, era una verdadera tortura.

Emilio le declaró su amor al final de la segunda semana y, al final del mes, le pidió que se casara con él. Pero esperó cinco meses más para pedírselo formalmente.

Supusieron que si ahorraban un poco de dinero, podrían fugarse, alquilar una casa pequeña y vivir juntos. Emilio le advirtió que sería una vida de estrecheces, porque le faltaban varios años para terminar la carrera; pero Isabelle afirmó que todo carecía de importancia mientras se tuvieran el uno al otro.

Y mintió.

Emilio soltó un suspiro y se giró hacia el despertador de la mesita de noche. Eran las dos y media de la madrugada. Si seguía pensando en el pasado, en cosas que ya creía resueltas, no pegaría ojo.

Se preguntó si había cometido un error al llevar a Isabelle a su casa. Al fin y al cabo, su venganza saldría demasiado cara si le costaba un mes de sueño.

Al final, se durmió. Pero para despertarse a las cuatro y cuarto.

Tras media hora de intentos fracasados por volverse a dormir, se levantó de la cama y se dirigió al despacho. Trabajó un poco, hizo ejercicio en el gimnasio y volvió al dormitorio para ducharse y vestirse.

Bajó a la cocina a las siete, esperando que Isabelle hubiera preparado el desayuno. Pero la cocina estaba a oscuras.

Sacudió la cabeza. Su nueva criada había empezado con mal pie. Hasta cabía la posibilidad de que su primer día de trabajo fuera también el último.

Al llegar a su habitación, alzó la mano para llamar y se detuvo. La puerta estaba abierta.

Entró, esperando encontrarla en la cama, y se quedó perplejo al verla en la silla, dormida sobre la mesa, encima de la lista del ama de llaves. Llevaba la misma ropa del día anterior y su bolsa de viaje seguía donde la había dejado.

No había mentido al afirmar que estaba agotada. Ni siquiera había sido capaz de llegar a la cama.

Suspiró de nuevo y sacudió la cabeza.

Una parte de él intentó enfadarse con ella y deseó echarla de inmediato por haber faltado a sus obligaciones laborales; pero sabía que se había quedado dormida sin querer.

Sin embargo, eso no significaba que fuera a olvidar el asunto. Había cometido un error y se iba a divertir a su costa.

Capítulo Cuatro

–¡Isabelle!

Isabelle se sobresaltó tanto que estuvo a punto de caerse de la silla. Después, se giró hacia Emilio, parpadeó varias veces y preguntó:

–¿Qué… ? ¿Qué hora es?

–Las siete y cinco –respondió, cruzándose de brazos–. ¿Esperas que te traiga el desayuno a la cama?

Ella palideció.

–Oh, no… tenía la intención de poner el despertador de mi teléfono móvil. Supongo que me quedé dormida antes.

–¿Y eso te parece una excusa?

–No, tienes razón… mi comportamiento es inexcusable –Isabelle se levantó rápidamente–. Recogeré mis cosas y me marcharé de inmediato.

Durante unos segundos, Emilio pensó que Isabelle estaba fingiendo y que solo quería darle pena; pero por su gesto de impotencia, supo que decía la verdad.

–Ni lo pienses. Si te marchas, ¿quién me va a preparar el café?

Ella lo miró con un brillo de esperanza en los ojos.

–Entonces, ¿me darás otra oportunidad?

–Que no vuelva a ocurrir. La próxima vez no seré tan tolerante.

–No volverá a ocurrir, te lo prometo. En cuanto me ponga el uniforme, iré a la cocina y…

–Olvídalo –la interrumpió–. El café es lo primero.

–¿Y el desayuno?

–No tengo tiempo para eso. El coche llegará dentro de veinticinco minutos.

–Lo siento.

Isabelle pasó por delante de él y se marchó a la cocina.

Emilio se dirigió al despacho para guardar sus cosas en el maletín y, cuando volvió a la cocina unos minutos más tarde, el café ya estaba preparado. Como Isabelle no se encontraba presente, se lo sirvió él mismo y lo probó.

Estaba muy bueno. Más fuerte que el café que preparaba su ama de llaves, la señora Medina; pero le gustó mucho.

Isabelle reapareció enseguida, vestida con el uniforme. Él la miró de arriba a abajo y frunció el ceño.

–Te queda demasiado grande.

Ella se encogió de hombros.

–A mí no me importa.

–Aunque no te importe, necesitas uno nuevo.

–¿Por qué? Solo voy a estar treinta días…

–Porque no te queda bien; de hecho, te queda espantoso –respondió–. Si me das tu talla, me encargaré de que te envíen uno nuevo.

Isabelle se mordió el labio y apartó la vista.

–¿Me vas a obligar a calcular tu talla yo mismo, a ojo?

–No, es que no ya no sé qué talla tengo… –le confesó, avergonzada–. En los últimos tiempos he perdido peso.

–Pues dime tu peso y tu altura y veremos lo que se puede hacer.

–Mido un metro sesenta y dos.

–¿Y cuánto pesas?

Isabelle bajó la mirada.

–¿Cuánto pesas, Isabelle? –insistió.

Ella se volvió a encoger de hombros.

–¿No sabes cuánto?

–No. No tengo báscula.

Él suspiró.

–Está bien. Vamos a la del gimnasio y te pesaré.

Isabelle lo siguió a regañadientes y se subió a la báscula más a regañadientes todavía. Cuando Emilio vio su peso en la pantalla electrónica, se llevó una sorpresa.

–Con la altura que tienes, deberías pesar entre siete y diez kilos más –dijo.

Isabelle echó un vistazo a la pantalla y se asustó. Había adelgazado mucho más de lo que creía.

–Doy por sentado que tu pérdida de peso no ha sido intencionada, ¿verdad?

Ella sacudió la cabeza.

–No, no lo ha sido.

–¿Es que estás enferma?

Isabelle se bajó de la báscula.

–No, es por el estrés.

–Eso no justifica que descuides tu salud. Mientras permanezcas en mi casa, tendrás que comer tres veces al día. Y no intentes engañarme, porque te pesaré cada mañana hasta asegurarme de que has recuperado siete kilos por lo menos.

Isabelle lo miró con sorpresa.

–¿Algún problema? –preguntó él.

–No, yo…

Emilio miró la hora en el reloj.

–En tal caso, me voy. Volveré a las seis y media de la tarde. Espero que la cena esté preparada a las siete.

–Por supuesto.

Emilio notó que su voz había sonado insegura, pero lo dejó pasar. Era obvio que el asunto de su peso escondía algo. Al parecer, Isabelle Winthrop se había convertido en una mujer llena de secretos.

Isabelle no recordaba cuánto le había pagado su padre a la madre de Emilio, pero estaba segura de que no había sido suficiente.

Nunca había imaginado que el cuidado de una casa pudiera ser tan agotador. Tardó casi tres horas en barrer los suelos y limpiar las superficies, y tuvo que dedicar dos y media más a las ventanas y a los espejos. Además, había subido y bajado las escaleras tantas veces que le dolían las piernas.

Pero el cansancio físico no fue lo peor. Lo peor fue el descubrimiento de que era una inepta en todo lo relacionado con los aparatos de una casa. Necesitó diez minutos para encontrar el botón de encendido de la aspiradora y, cuando por fin lo encontró, tuvo la mala idea de utilizarla sobre una alfombra con flecos.

Ahora, la alfombra tenía varios flecos menos que antes. Y tendría que arreglarla antes de que Emilio se diera cuenta.

El uniforme nuevo llegó a las tres y media de la tarde, cuando un

mensajero llamó a la puerta y le entregó un paquete. Emilio se había encargado de que le compraran dos, de distinta talla; probablemente, porque esperaba que ganara peso. Pero el primero le quedaba muy bien. De hecho, le sentaba mejor que la ropa que llevaba en los últimos tiempos.

A las seis y media, cuando Emilio volvió a casa, todavía no había empezado con el dormitorio de invitados del piso de arriba.

Rápidamente, dejó lo que tenía entre manos y se dirigió a la cocina, esperando recibir una lluvia de insultos y burlas por su incompetencia como criada. Él ya estaba allí. Llevaba el maletín en una mano y parecía exhausto.

–¿Qué tal tu día? –preguntó ella.

–Largo e improductivo –respondió mientras se aflojaba la corbata–. ¿Y el tuyo?

–Bueno… bien, muy bien.

–Al menos no has quemado la casa –ironizó.

Ella no dijo nada.

–Voy a cambiarme de ropa. Espero que la cena esté a las siete.

–Lo estará.

Isabelle no mintió. Afortunadamente, había metido un pollo en el horno y faltaba poco para que estuviera hecho.

Emilio asintió y se marchó de la cocina. Cuando oyó sus pasos en la escalera, Isabelle cruzó los dedos para que no viera la alfombra rota.

–¡Isabelle!

Isabelle salió corriendo de inmediato. Quería creer que no había visto la alfombra y que su enfado se debía a que había pasado por delante de la habitación de invitados, que todavía estaba por limpiar.

Pero no tuvo tanta suerte.

Emilio estaba en lo alto de la escalera, con los brazos cruzados, mirando la alfombra.

–¿Tienes algo que decirme?

–Sí, es que…

–¿Qué?

–La aspiradora se la tragó.

–¿Que la aspiradora se la tragó?

–Le di demasiada potencia y se tragó unos cuantos flecos –contestó ella–. Asumo la responsabilidad.

–¿Y por qué no me lo has dicho cuando te he preguntado por tu día?

–¿Porque se me había olvidado?

Él arqueó una ceja.

Isabelle respiró hondo.

–Está bien, lo confieso… No he dicho nada porque pensé que no te darías cuenta.

–Me doy cuenta de todo.

–No te enfades. Pagaré los desperfectos.

–¿Cómo, si se puede saber?

–No lo sé. Ya se me ocurrirá algo.

Isabelle esperaba que la presionara un poco más; pero en lugar de insistir, la observó con detenimiento y asintió.

–Mucho mejor.

–¿A qué te refieres?

–A tu aspecto. El uniforme te sienta bien.

Isabelle se preguntó si había intentado halagarla.

–¿Ya has comido? –continuó él.

–Sí, desayuné huevos fritos y luego me comí una lata de almejas.

–No es mucho, pero supongo que es mejor que nada. En fin, espero que te encargues de arreglar la alfombra.

–Lo haré mañana, a primera hora.

–Dime cuánto cuesta el arreglo y te daré un cheque.

–Te devolveré el dinero tan pronto como me sea posible –aseguró.

–Sí, por supuesto que me lo devolverás.

Emilio entró en su dormitorio y cerró la puerta.

Isabelle suspiró, aliviada. No había sido tan terrible como había imaginado. Con un poco de suerte, la cena sería un éxito y él quedaría tan encantado que olvidaría el problema de la alfombra.

Sabía que se engañaba a sí misma. Aunque le ofreciera la cena más deliciosa, se quejaría por vicio.

La cena fue una catástrofe culinaria.

El pollo se había quemado, el arroz se había pasado y la ensalada tenía demasiado aceite y demasiado vinagre. Emilio pensó que no se lo habría dado ni a su perro en el caso de que hubiera tenido un perro, pero no le sorprendió en absoluto porque estaba seguro de que Isabelle no había cocinado jamás.

Isabelle no se quedó a ver su reacción ante semejante desastre; le sirvió la comida y se esfumó inmediatamente.

Emilio jugueteó un poco con ella, se levantó de la mesa, se dirigió a la

cocina y tiró el contenido del plato a la basura.

Cuando miró a su alrededor, se quedó helado. La cocina parecía un campo de batalla. Había cacharros sucios por todas partes.

Se preparó un sándwich y caminó hacia el despacho. Al llegar, descubrió que Isabelle le había dejado un whisky encima de la mesa; quizás, para mitigar su enfado por la cena. Justo entonces, oyó el ruido de la aspiradora en el piso de arriba y se preguntó qué diablos estaría aspirando a las siete y media de la tarde.

Subió por la escalera y siguió andando hasta llegar al origen del ruido, la habitación de invitados del primer piso. Isabelle estaba de espaldas a él, inclinada hacia delante mientras limpiaba debajo de la cama.

Emilio se quedó en el umbral y se dedicó a admirar su trasero. Siempre había sido una mujer atractiva. Y aunque ahora estuviera en los huesos, tenía una elegancia y una gracia innata que casi resultaban hipnóticas.

De repente, ella apagó la aspiradora, se giró y se sobresaltó.

–¿Sorprendida de verme?

Isabelle parecía agotada.

–Un poco. ¿Necesitas algo?

–No, gracias. Solo he subido para decirte que tu plan ha fracasado.

Ella frunció el ceño.

–¿Mi plan?

–Tu intento de envenenarme.

Emilio notó que había herido sus sentimientos, pero ella alzó la barbilla en un gesto de orgullo y desafío.

–Bueno, al menos lo he intentado –se defendió.

Él estuvo a punto de sonreír.

–Sí, eso es indudable. Y como sabías que iba a ser un fracaso, me has servido un whisky para tenerme contento.

–En efecto. Dicen que la música amansa a las fieras.

Emilio pensó que Isabelle no había perdido ni su ingenio ni su sentido del humor.

–¿Se puede saber qué estás haciendo? –le preguntó, cambiando de tema.

–Mi trabajo –contestó ella–. Si no recuerdo mal, me has contratado para que me encargue de la casa.

–Lo recuerdo perfectamente, pero deberías haber terminado ya.

–Debería, pero no ha sido posible.

–Pues será mejor que termines de una vez, porque tengo que trabajar y

el ruido me molesta –contraatacó él.

–Bajaré la potencia de la aspiradora. Así no la oirás.

–Muy bien. Ah, y espero que limpies la cocina… es un desastre.

Ella estuvo a punto de suspirar, pero se contuvo.

–La limpiaré.

Emilio se llevó una nueva sorpresa con Isabelle. Por mucho que la presionaba, no conseguía que perdiera la calma. Cuando tenían alguna diferencia, terminaba por darle la razón o por cerrar la boca.

Durante un momento, consideró la posibilidad de tensar la cuerda un poco más. Pero esa noche no tenía fuerzas para jugar con ella.

Ya se había dado la vuelta cuando Isabelle dijo:

–¿Emilio?

–¿Sí?

–Siento lo de la cena.

Isabelle le acababa de ofrecer una oportunidad perfecta para meter el dedo en la herida y hurgar un poco. Sin embargo, parecía tan cansada que no tuvo corazón. Era evidente que lo estaba intentando.

–Te recomiendo que mañana prepares algo más sencillo.

–Seguiré tu consejo.

Él salió de la habitación de invitados y volvió al despacho, pensando que el primer día de Isabelle no había resultado tan catastrófico como había supuesto.

Al cabo de unos segundos, oyó que Isabelle apagaba la aspiradora. Y cuarenta y cinco minutos más tarde, la oyó trabajar en la planta baja.

Una hora después, cuando la casa se quedó en silencio, apagó el ordenador y la lámpara del despacho y entró en la cocina con su vaso de whisky. Isabelle lo había limpiado todo, sin dejar ni una mota de polvo.

Tras dejar el vaso vacío en la pila, avanzó por el pasillo y se dirigió a su habitación para impedir que se quedara dormida otra vez en la silla y le dejara sin desayuno a la mañana siguiente.

Llamó a la puerta, pero Isabelle no respondió.

Esperó un poco, entró y la descubrió en la cama, tumbada boca abajo y con el uniforme puesto. Ni siquiera se había quitado los zapatos. De hecho, se había quedado dormida sin apagar la luz.

Emilio se estremeció. Al tumbarse, la falda del uniforme se le había subido tanto que le ofrecía una vista perfecta de los muslos. Y sintió la súbita necesidad de acercarse y de acariciarlos.

Los quince años transcurridos no habían servido para que dejara de

desearla. O tal vez fuera porque su cuerpo recordaba lo bien que lo habían pasado cuando estaban juntos.

Aunque no habían llegado a hacer el amor en sentido literal, solían tumbarse en una cama y darse placer el uno al otro. Isabelle era la chica de dieciocho años más inocente y más inexperta con quien había estado, pero estaba encantada de aprender y más que encantada de probar cosas nuevas.

A él le gustaba tanto que respetó su decisión de esperar hasta la noche de bodas para consumar su relación amorosa. Pero nunca entendió por qué se mostraba tan reacia a enseñarle su cuerpo. A pesar de ser tan bella, tenía mala imagen de sí misma.

Emilio apagó la luz, cerró la puerta y salió del dormitorio.

Cuando Isabelle le abandonó, él llegó a pensar que su inocencia había sido un simple truco. Sin embargo, ya no tenía importancia. Además, necesitaba acostarse y recuperar el sueño perdido. Estaba tan cansado que no podía pensar con claridad.

Capítulo Cinco

Isabelle odiaba mentir. Sobre todo a su madre, aunque en ese caso no tenía otro remedio; no le podía decir la verdad.

Estaba con ella en la cocina de su piso, tomando el té. Isabelle había hecho caso omiso de sus llamadas telefónicas durante tres días, los mismos que llevaba en la mansión de Emilio; pero el último mensaje que le había dejado en el contestador era tan angustioso que decidió romper el silencio.

El martes por la mañana, aprovechó que debía ir al supermercado para pasarse por su casa nueva y llevarle comida.

–Estuve en tu hotel y me dijeron que te habías ido. ¿Dónde te alojas ahora, Isabelle?

–En casa de una anciana a la que estoy cuidando –mintió.

–¿Y permite que vivas en su casa?

–Sí, además del sueldo, me ofrece comida y una habitación. Incluso me presta su coche para hacer las compras.

Su madre le acarició el brazo.

–Es un trabajo perfecto para ti… siempre te gustó ayudar a la gente.

Isabelle asintió.

–Se encuentra bastante bien para su edad, pero está perdiendo la memoria y sus hijos tienen miedo de que algún día deje la estufa encendida y queme la casa. Además, ya no puede conducir… necesita que la lleve a sus citas con el médico.

–Bueno, me alegra que hayas encontrado un buen trabajo. Sé que estos meses han sido difíciles para ti.

–Y para ti, mamá.

Isabelle se sentía profundamente culpable. Su madre se encontraba en aquella situación porque ella había confiado en Lenny.

–No es tan terrible, hija. He hecho unas cuantas amigas en mi nuevo barrio y me gusta mi empleo en la boutique… Pero, ¿cómo has dicho que se llama esa mujer, la mujer para la que trabajas?

Isabelle no lo había dicho porque, evidentemente, no existía. Y se tuvo que inventar un nombre a toda prisa.

–La señora Smith; Mary Smith.

–¿Y dónde vive?

–No muy lejos de nuestra antigua casa…

Su madre frunció el ceño.

–Qué extraño, no me suena su nombre. Pensé que conocía a todos los vecinos de la zona –declaró.

–Es una mujer encantadora. Te caería bien.

–¿Qué te parece si paso un día a visitarte? Así me la podrías presentar…

Isabelle sintió un escalofrío. No podía permitir que se presentara en la mansión y descubriera la realidad.

–No sé. Antes tendré que hablar con sus hijos y preguntarles si les parece bien.

–Por cierto, ¿estás siguiendo las noticias de la Western Oil?

Isabelle se quedó helada. Le pareció muy sospechoso que mencionara la empresa de Emilio de repente y sin que viniera a cuento.

–No. No veo la televisión.

–Hace unos días salió un reportaje sobre Emilio y sus socios. Tiene muy buen aspecto. Parece que le va bien.

–Supongo que sí.

–Quizás deberías hablar con él. Podría hablar con su hermano y ayudarte.

–No me ayudaría. Además, daría lo mismo… voy a terminar en prisión. Ya no se puede hacer nada.

–Eso no lo puedes saber.

Su madre sacudió la cabeza.

–Lenny jamás habría permitido que te encarcelaran. Podía ser un ladrón, pero te quería.

–Lenny está muerto.

–Todo saldrá bien. Encontrarán pruebas nuevas y tu inocencia quedará

demostrada.

Su madre tenía un aspecto tan triste que Isabelle deseó poder decirle la verdad. Pero no podía; le había prometido a Emilio que sería un secreto.

–Bueno, tengo que volver al trabajo…

–Gracias por la comida, hija. No tenías que molestarte.

–Descuida, ahora gasto tan poco dinero que casi me sobra. Son las ventajas de trabajar como interna.

Las dos mujeres se levantaron y caminaron hasta la puerta.

–Volveré tan pronto como sea posible –prometió Isabelle.

Su madre le dio un abrazo y dijo:

–Me siento muy orgullosa de ti, cariño.

–Gracias, mamá.

Cuando se despidieron, Isabelle estaba más deprimida que nunca.

Por suerte, las cosas iban mejor de lo que había imaginado. Emilio no la había vuelto a acusar de intentar envenenarlo, aunque aprovechaba cualquier ocasión para criticar su trabajo.

A decir verdad, su comportamiento también había mejorado.

Isabelle se había establecido una rutina y la limpieza de la casa ya no le llevaba tanto tiempo. Incluso el día anterior se había podido sentar a tomar un café y leer el periódico durante veinte minutos.

De hecho, todo iba tan bien que desconfiaba de su suerte.

Emilio estaba junto a la ventana del despacho de Adam, escuchando a sus colegas mientras estos hablaban sobre el accidente en la refinería. Según los resultados iniciales de la investigación, se había producido por un fallo en uno de los medidores, lo cual convertía en responsable a la Western Oil.

Pero todos estaban de acuerdo en que eso era imposible. Los medidores se habían inspeccionado y reinspeccionado una y otra vez y funcionaban perfectamente. No había sido ni un fallo técnico ni una negligencia.

Alguien lo había provocado.

–Eso es ridículo –declaró Jordan, el jefe de operaciones de la refinería–. Nuestros trabajadores son unos profesionales magníficos; jamás habrían permitido que pasara algo así…

–Pues alguien es responsable –declaró Nathan.

–Sé que confías en todos ellos, Jordan, pero es evidente que estamos ante un caso de sabotaje –intervino Adam.

Jordan se frotó la mandíbula y preguntó:

–¿Qué tal va nuestra investigación? ¿Se sabe algo nuevo?

Adam y Nathan se miraron. Cuando tomaron la decisión de hacer una investigación paralela a la oficial, decidieron mantener a Jordan al margen para no enturbiar sus relaciones con los trabajadores de la refinería. Pero a Jordan no le había sentado bien.

–Solo te puedo decir que va más despacio de lo que pensábamos –respondió Nathan–. ¿Qué tal está la moral de la gente?

–Por los suelos. Tom Butler, el capataz, dice que los chicos están muy nerviosos. Saben que ese medidor se había revisado justo antes de que se produjera el accidente, y saben que pudo ser un sabotaje. Ya no saben en quién confiar.

–Bueno, eso podría venirnos bien –dijo Nathan–. Si desconfían los unos de los otros, estarán atentos y evitarán otro sabotaje.

Jordan lanzó una mirada helada a su hermano mayor.

–Qué bien pensado, genio –declaró con ironía–. Si desconfían los unos de los otros y se dedican a espiarse, no prestarán atención a su trabajo y provocarán un accidente.

Emilio sonrió. Normalmente, Jordan era el más tranquilo de los cuatro; pero la situación se había complicado mucho.

–¿Alguien tiene algo constructivo que decir? –preguntó Adam, mirando a Emilio.

–Sí, Emilio –dijo Jordan–. Estás extrañamente callado. ¿Tú qué opinas?

Emilio se apartó de la ventana y los miró.

–Comprendo que te sientas traicionado, Jordan; tienes motivos de sobra para ello. Pero no te preocupes… llegaremos al fondo del asunto.

Tras varios minutos más de debate acalorado entre Nathan y Jordan, que por supuesto no los llevó a ninguna parte, Adam dio por terminada la reunión y Emilio se fue a casa.

Llegó a las seis y media, esperando que Izzie estuviera en la cocina, preparando una cena comestible. Había seguido su consejo y ahora solo preparaba platos sencillos. Las dos noches anteriores le había servido comidas que no habrían ganado ningún concurso culinario, pero que al menos se podían tragar.

Al entrar en la cocina, vio que había dejado dos cacerolas al fuego y unas verduras cortadas en la encimera. Pero Izzie no estaba por ninguna parte. Al parecer, pensaba que la cena se iba a preparar sola.

Apagó el fuego para evitar males mayores y se dirigió a la escalera.

Sorprendentemente, Isabelle había entrado en su habitación a pesar de sus advertencias al respecto.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Oh, lo siento… Sé que no debía entrar en tu habitación, pero estoy buscando el botiquín de primeros auxilios. Se me ocurrió que podría estar en el cuarto de baño.

–¿Qué ha pasado?

–Me he cortado con el cuchillo al cortar unas verduras, pero no es nada importante –contestó–. Solo necesito una tirita.

Emilio notó que se había puesto papel de cocina en un dedo. Estaba empapado de sangre.

–Anda, déjame ver…

Ella se apartó.

–No te molestes. Solo es un corte pequeño.

–Bueno, no pasa nada porque lo vea.

Antes de que Isabelle pudiera reaccionar, se acercó y la agarró del brazo. Después, le quitó el pedazo de papel y echó un vistazo al corte.

Se lo había hecho en el índice y, efectivamente, era pequeño; pero también demasiado profundo para una simple tirita.

–Ponte tu chaqueta. Nos vamos al hospital.

–¡No! –protestó ella, apartándose–. Con una tirita bastará…

–Estás sangrando mucho. Tendrán que darte puntos, Isabelle.

–Pues me los daré yo –insistió, obstinada.

Él sacudió la cabeza.

–Aunque seas capaz de darte puntos, es importante que te vea un médico –razonó–. Se te podría infectar.

–Me pondré una crema antibiótica.

–No seas ridícula. Te llevaré al hospital.

–No, no pienso ir.

–Izzie, por favor… –dijo él, extrañado con su negativa.

–No pienso ir –repitió.

–¿Por qué?

Ella se ruborizó, bajó la mirada y tardó un par de segundos en responder.

–Porque no tengo seguro médico ni el dinero necesario para pagar una consulta.

Emilio la miró con perplejidad. Había dado por sentado que tenía varios millones de dólares escondidos en alguna parte, pero quizás estaba en un

error.

–Yo pagaré la consulta. A fin de cuentas, ha sido un accidente laboral.

–No te he pedido que me ayudes.

–Ya lo sé, pero te ayudaré de todas formas. El accidente se ha producido en mi casa y, en consecuencia, es responsabilidad mía.

Isabelle se volvió a negar.

–No.

–Izzy…

–No voy a ir al hospital. Solo necesito el botiquín.

–Mira que eres cabezota –susurró él.

Isabelle no dejaba de sorprenderle. Le parecía increíble que rechazara su ayuda cuando había estado viviendo a costa de su marido rico durante tantos años. Tal vez había sufrido un acceso repentino de dignidad.

Pero, fuera como fuera, no podía permitir que se desangrara en su casa.

–Está bien, no iremos al hospital –dijo, derrotado–. Pero yo me encargaré de curarte la herida y de ponerte esa tirita.

Durante unos momentos, Emilio pensó que Isabelle también se iba a negar a eso. Por suerte, ella se dio cuenta de que la paciencia de su jefe estaba al límite.

–¿Y tú me llamas cabezota a mí?

Capítulo Seis

Isabelle siguió a Emilio hasta el cuarto de baño, donde esperó mientras él buscaba el botiquín. Cuando lo encontró, él sacó todo lo necesario y le indicó que se inclinara sobre el lavabo y que abriera el grifo del agua fría.

–Esto te va a doler.

La tomó de la mano y se la puso bajo el chorro, pero ella no se quejó. Le limpió el índice, se lo secó suavemente y le echó agua oxigenada en la herida. Y aunque era obvio que le dolió, tampoco emitió la menor protesta.

A continuación, le vendó el dedo con fuerza, esperando que fuera suficiente para detener la hemorragia.

Al terminar, se apoyó en el lavabo y la miró. Ella se había quedado atrapada entre sus brazos y parecía incómoda.

–¿Ocurre algo? Estás muy tensa.

Isabelle apartó la mirada.

–No, estoy bien.

Él le puso una mano en la barbilla y la obligó a mirarle a los ojos.

–¿Es que te disgusta que estemos tan cerca?

Ella no respondió.

–¿O es que te gusta?

–No, claro que no me gusta –dijo.

Emilio no se dejó engañar. El rubor de su cara y la aceleración repentina de su respiración decían algo bien distinto. Se sentía tan atraída por él como él por ella. Y era una situación muy peligrosa, porque no había estado con una mujer en varios meses.

–¿Ya has terminado? –preguntó Isabelle.

–Casi.

Emilio cortó otro pedazo de venda y se la puso sobre la primera, con un esparadrapo, para asegurarse de que no se soltaría.

–Supongo que ya es suficiente…

Ella intentó apartar la mano, pero él se lo impidió.

–¿Te sentirías mejor si te doy un beso?

–No creo que sea necesario.

–Pero yo, sí.

Emilio inclinó la cabeza y le dio un beso en la palma de la mano y en la muñeca. Al sentir el contacto, ella se estremeció.

–Parece que te gusta…

–En absoluto.

–Tu cuerpo dice lo contrario.

–Porque estará confundido.

Él sonrió.

–Aún me deseas. Admítelo.

–Te engañas a ti mismo.

Isabelle lo dijo con seguridad, pero su voz sonó algo temblorosa y Emilio supo que apenas se podía contener.

–Será mejor que vuelva a la cocina. Tengo que terminar de preparar la cena.

Apartó la mano con suavidad y se dio la vuelta, aunque no llegó muy lejos. Emilio la alcanzó, cerró los brazos alrededor de su cuerpo y se apretó contra ella.

Cuando Isabelle sintió su erección, se quedó helada.

–¿A qué viene tanta prisa, Isabelle? –le susurró al oído.

Ella supo que solo tenía que protestar para que Emilio la soltara y la dejara ir, pero no protestó. Se quedó en el sitio, inmóvil, sin saber qué hacer. Y en ese momento, Emilio fue consciente de que estaba excitada.

Pero quería más. Quería su rendición absoluta. Quería la misma devoción incondicional que le había dedicado quince años antes.

Le acarició el cuello e Isabelle inclinó la cabeza hacia un lado. No le podía ver la cara, pero sabía que había cerrado los ojos.

–Hueles muy bien, Isabelle –dijo mientras le mordía el lóbulo–. Hueles tan bien que te podría comer…

–No podemos hacer esto –declaró ella.

–¿Quieres que pare?

Isabelle no respondió.

Emilio llevó las manos al tórax y le acarició los pechos. Eran tan grandes y tan suaves como quince años atrás. Y deseó desabrocharle el vestido, introducir sus manos por debajo de la tela y tocar su piel desnuda.

Pero todavía no era el momento.

–Mi cama está a pocos metros de aquí –susurró.

–Basta.

Él apartó las manos y ella se alejó unos pasos.

–¿Por qué has hecho eso, Emilio? Ni siquiera te gusto.

Él sonrió.

–Porque querías que lo hiciera.

–Eso no es cierto.

–Los dos sabemos que lo es. Te gusta que te toque. Sé que te gusta.

Isabelle respiró hondo.

–No soy estúpida. Tú no me deseas.

–¿Ah, no? Yo diría que las pruebas demuestran lo contrario.

Isabelle clavó la mirada en su entrepierna, pero la apartó rápidamente.

–Tengo que volver a la cocina.

–No te molestes. He cenado antes de venir.

–Está bien.

–Pero eso no significa que tú te puedas saltar la cena. Mañana por la mañana, cuando te vuelvas a subir a la báscula, quiero ver que has engordado medio kilo más.

Emilio hablaba en serio. En toda una semana, a pesar de afirmar que tomaba tres comidas al día, Isabelle solo había recuperado un kilo.

–Y tómate algo para ese dedo. Te va a doler mucho –añadió.

–Lo haré.

Cuando se marchó, parecía confusa. Por su preocupación y por lo que había ocurrido entre ellos en el cuarto de baño.

Emilio lo notó y sonrió.

A partir de entonces, se iba a sentir confusa con mucha frecuencia.

Isabelle bajó la escalera con piernas temblorosas. El corazón le latía a toda velocidad, y casi estaba jadeando.

Ni siquiera sabía por qué había permitido que la tocara. Ella era perfectamente capaz de vendarse un dedo. Había creído que Emilio estaba realmente preocupado.

Pensó que no aprendería nunca.

Pensó que ella no le importaba, que solo intentaba confundirla, que todo aquello formaba parte de algún tipo de venganza. Pero no le extrañaba en absoluto. Si hubiera estado en su posición, también habría querido venganza.

En cierta manera, le recordaba a los castigos que su padre le había infligido. Para justificarse, siempre decía que se lo había buscado ella. Durante años, Isabelle había intentado convencerse de que el problema lo tenía él, pero ya no estaba tan segura. Cabía la posibilidad de que fuera cierto, de que efectivamente se lo hubiera buscado. Y ahora, quizás, estaba recibiendo su castigo por haber traicionado a Emilio.

Bajó a la cocina y se preparó un bocadillo con el filete que había sobrado de la noche anterior; pero solo pudo pegar un par de bocados, así que guardó en el resto en el frigorífico porque se había acostumbrado a no desperdiciar la comida.

Después, se dirigió a su habitación y se encerró en ella.

Era pronto, pero estaba tan cansada que se puso el pijama y se acostó de todas formas. El dedo le dolía, aunque no tanto como el corazón.

Mientras intentaba conciliar el sueño, pensó que había cometido un error al aceptar el ofrecimiento de Emilio. Habían pasado quince años y todavía no había encontrado la forma de dejar de amarlo.

Al día siguiente, mientras Emilio daba cuenta de los espagueti que Isabelle le había preparado, preguntó:

–¿Qué tal tu dedo?

Normalmente, Emilio prefería cenar en el comedor; pero aquella noche había preferido quedarse en la mesa de la cocina.

–Bien.

–Tendré que cambiarte la venda.

Isabelle se estremeció.

–No es necesario. Puedo hacerlo yo sola.

Emilio se levantó y dejó su plato vacío en la pila, justo donde ella estaba.

Isabelle sintió la necesidad de apartarse, pero permaneció inmóvil porque no quería darle la impresión de que la ponía nerviosa. A fin de cuentas, él tenía casi todas las cartas ganadoras en aquel juego.

El truco consistía en que Emilio no llegara a saber hasta qué punto le perturbaba su presencia. Hasta qué punto le seguía importando.

–Ya sé que puedes hacerlo sola, pero quiero ver si se te ha infectado.

–No hace falta, en serio.

Él sonrió con ironía.

–Como quieras…

Isabelle pensó que era el hombre más irritante del mundo, aunque no podía negar que se sentía profundamente atraída por él. Llevaba media vida enamorada de Emilio; había dedicado media vida a la ensoñación de que al final estarían juntos, y había sido suyo durante un año entero.

Sin embargo, ella había tomado una decisión y tenía que asumir las consecuencias. No se podía escudar tras el hecho de que su padre la había amenazado. Isabelle podría haberse opuesto a él. Podría haberse resistido. Pero había sido débil y ni siquiera había encontrado coraje para despedirse de Emilio.

Lo había intentado. Había ido a verlo con intención de informarle de que se iba a casar con Lenny. Quería darle una explicación, aunque no pudiera decirle la verdad. Pero al ver su cara de felicidad, perdió el valor y se lo calló.

De todas formas, no estaba segura de que las cosas hubieran sido diferentes si al menos le hubiera dicho que estaba a punto de marcharse. Probablemente, habría sido peor. Sin duda alguna, Emilio habría insistido en que le confesara la verdad. Y si se la hubiera confesado, habría sido un desastre.

Ahora, quería vengarse de ella.

Isabelle pensó que quizás debía darle lo que quería; permitir que ejecutara su venganza y que, de ese modo, superaran el pasado.

Quizás se lo debía. A él y a ella misma.

Incluso era posible que sirviera para que dejara de sentirse culpable.

–Está bien –dijo, extendiendo la mano–. Échale un vistazo por si acaso…

Emilio contempló la mano de Isabelle durante un momento y, a continuación, la miró a los ojos con humor.

–No, seguro que lo puedes hacer sola.

Él salió de la cocina e Isabelle lo siguió.

–¿Qué quieres de mí, Emilio?

Emilio se detuvo junto a la puerta de su despacho.

–¿A qué te refieres?

Isabelle pensó que lo sabía perfectamente, pero respondió a su pregunta.

–Sé que te hice daño y lo siento. Dime lo que quieres y lo haré.

Él dio un paso adelante y la miró con tanta intensidad que Isabelle se sintió desnuda. Intentó ser valiente y permanecer en el sitio, pero Emilio siguió avanzando y ella empezó a retroceder hasta que su espalda chocó con la pared.

Quizás se había equivocado al ofrecerse en sacrificio como un cordero.

En el pasado, Emilio había sido un hombre dulce, amable y paciente con ella. Ahora la miraba como si se la quisiera comer. Y era una mirada que la asustaba y la excitaba al mismo tiempo, porque a pesar de los quince años transcurridos, seguía siendo la misma chica inexperta e ingenua, ansiosa por aprender.

Él le llevó una mano a la cara y la acarició.

Si Isabelle hubiera sido más valiente, habría hecho lo mismo y le habría tocado. Pero se quedó helada, esperando que diera el primer paso, preguntándose hasta dónde llegaría y hasta dónde le permitiría que llegara.

Emilio inclinó la cabeza y la besó en el cuello. Ella sintió tal debilidad en las piernas que se tuvo que apoyar en la pared para mantener el equilibrio. Solo había sido un beso, un simple beso, y ya estaba perdida.

Entonces, sin dejar de acariciarle la mejilla, él llevó la mano libre a la curva de su cintura y la subió lentamente hasta cerrarla sobre uno de los senos de Isabelle, cuyos pezones se endurecieron al instante.

Cuando sintió los labios de Emilio en su cara, pensó que aquello era un error. Pero no se pudo apartar. No fue capaz de detenerlo. No quería.

Sus labios le acariciaron la mejilla hasta llegar finalmente a la boca. Eran tan dulces que Isabelle se estremeció de deseo. En ese mismo instante, dejó de preocuparse por el hecho de que la estuviera manipulando por una simple venganza. Ni siquiera le importó la posibilidad de que le rompiera el corazón. Al fin iba a tener lo que quería, lo que necesitaba, lo que había anhelado durante quince años.

Antes de ser consciente de lo que hacía, le pasó los brazos del cuello. Emilio la empujó contra la pared y sus besos se volvieron tan apasionados que la dejaron sin aliento.

Después, le llevó las manos al trasero y se apretó contra ella de tal forma que Isabelle sintió su erección contra el estómago. De no haber sido porque la falda del vestido se lo impedía, habría cerrado las piernas alrededor de sus caderas para que la tomara allí mismo, en el corredor, delante de su despacho.

Pero todo terminó tan deprisa como había empezado. Emilio la soltó súbitamente y la dejó sorprendida, confundida y excitada.

–Buenas noches, Isabelle.

Su voz sonó tan carente de emoción que ella sintió un escalofrío. Luego, él entró en su despacho, cerró la puerta y echó el cerrojo por dentro.

Isabelle tuvo que echar mano de todas sus fuerzas para no rogarle que volviera.

Nunca se había sentido tan excitada ni tan humillada. No sabía a qué estaba jugando Emilio; pero tenía la inquietante sensación de que su juego acababa de empezar.

Emilio se maldijo para sus adentros.

Cerró la puerta del despacho y se apoyó en ella mientras intentaba comprender lo que había ocurrido.

Algo había salido mal.

Al principio, su plan se había desarrollado a la perfección; tenía el control y tenía a Isabelle justo donde quería. Pero después, cuando sus labios se encontraron y ella le pasó los brazos alrededor del cuello, se quedó atrapado en su propia trampa.

Había estado a punto de arrancarle el vestido y las braguitas para hacerle el amor allí mismo, contra la pared. La deseaba tanto como la había deseado quince años atrás. Y negarse el placer que le ofrecía le había resultado tan difícil como hacía quince años.

Eso no formaba parte de su plan.

Pero había algo bueno; al menos, el suceso había servido para que comprobara que seducir a Isabelle no iba a ser ningún problema.

Entró en el cuarto de baño y se refrescó la cara con agua fría. Pensándolo bien, tampoco era para tanto. Su reacción ante ella debía de haber sido un vestigio de su antigua atracción sexual. Algo puramente físico, sin importancia.

No volvería a perder el control.

Capítulo Siete

A la mañana siguiente, Isabelle se dedicó a preparar el desayuno mientras pensaba en los acontecimientos de la noche.

Ya había descubierto lo que pretendía Emilio. Quería despertar su deseo; quería conquistarla para rechazarla a continuación.

Una venganza sencilla pero muy eficaz.

–Buenos días…

Cuando oyó su voz, respiró hondo e intentó mantener la calma. Pero el intento fracasó.

Emilio no llevaba traje ni corbata. Tampoco llevaba camisa ni zapatos. Lo único que llevaba encima eran unos pantalones de pijama, de color negro.

Ella se estremeció.

La mayoría de los hombres de su edad tenían barriga o estaban bajos de forma, pero Emilio no era como la mayoría de los hombres. Su estómago era tan liso como siempre; su pecho, tan duro como siempre y sus hombros, tan anchos como siempre.

A decir verdad, nunca había estado mejor.

–Siéntate, por favor –acertó a decir–. Te serviré el café.

Él se sentó en uno de los taburetes y ella le sirvió una taza.

–Gracias.

Sus miradas se encontraron. Isabelle tuvo la sensación de que la miraba con ironía, pero prefirió no preguntarse al respecto. Se dio la vuelta y siguió preparando el desayuno. Cuanto antes terminara, antes podría huir.

Segundos más tarde, perdió la paciencia. Era demasiado consciente de que Emilio la estaba mirando.

–¿No tienes que prepararte para ir al trabajo?

–¿Es que intentas librarte de mí, Isabelle?

–En absoluto. Lo pregunto por simple curiosidad.

–Hoy me quedaré en casa y trabajaré aquí.

Isabelle estuvo a punto de soltar un gemido. Era lo que le faltaba; pasar un día entero con Emilio. Sabía que no se quedaría en su despacho. Sabía que aquello no era una coincidencia, sino un movimiento calculado. No había elegido precisamente ese día para quedarse en casa por simple casualidad.

–Quiero que hoy limpies mi habitación.

–¿Tu habitación? Me ordenaste que no entrara en ella.

–Cierto. Hasta que te ordenara lo contrario. Esta es mi casa y tú te tienes que atener a mis normas.

Emilio se levantó, alcanzó un pedacito del pepino que Isabelle estaba cortando y se lo llevó a la boca. Pero no volvió al taburete. Se quedó de pie, observándola.

–¿Podrías dejar de hacer eso?

–¿Dejar de hacer qué?

–De mirarme. Me pones nerviosa.

–Es que siento curiosidad…

–¿Curiosidad?

–Sí. Por saber cuánto tiempo vas a tardar en cortarte otro dedo. Por la forma en que manejas el cuchillo, es inevitable.

Isabelle dejó de cortar y le lanzó una mirada.

Emilio sonrió y, durante unos segundos, se pareció increíblemente al hombre encantador del que se había enamorado.

–No soy tan inepta como crees.

–En tal caso, supongo que la humareda que sale de esa sartén tiene algún sentido –observó.

Isabelle se quedó espantada. Había puesto la sartén al fuego para freír unas patatas, pero lo había olvidado y el aceite se le había quemado.

Alcanzó la sartén a toda prisa e intentó tirar el aceite a la pila. Sin embargo, su movimiento fue tan rápido y tan brusco que, en lugar de terminar en la pila, se salió por un lado y le empapó las faldas del uniforme.

Emilio reaccionó al instante.

–¿Te has quemado? –preguntó, muy serio.

–No, solo me ha salpicado un poco. Me ha caído en el vestido.

Él le levantó las faldas para asegurarse. En el muslo derecho le había caído una gota de aceite que le había dejado una marca rojiza. Alcanzó un paño, lo mojó con agua fría y se lo puso contra la quemadura.

Isabelle gimió.

–¿Te encuentras bien? –preguntó, preocupado–. ¿Te sientes mareada?

Ella sacudió la cabeza. No estaba mareada; solo avergonzada.

–Anda, siéntate un momento.

Isabelle obedeció. Emilio abrió la nevera, sacó unos cubitos de hielo y los metió en un paño limpio que, a continuación, le puso en la pierna.

–Supongo que tienes razón –dijo ella.

–¿En qué?

–En que soy una inepta.

–Solo ha sido un accidente.

Isabelle se llevó una sorpresa con el comentario de Emilio. Había dado por sentado que aprovecharía la situación para reírse un poco más a su costa; pero asombrosamente, se mostraba comprensivo.

–Además, no ha sido nada –continuó–. Ni siquiera creo que te salga una ampolla… la tela del uniforme ha absorbido el aceite y casi todo el calor.

Cuando volvió a mirar a Emilio, Isabelle pensó que parecía cansado. Quizás era el estrés por el accidente de la refinería; quizás estaba tenso por tenerla en la casa o quizás, simplemente, no había dormido bien. Pero a pesar de ello, le pareció el Emilio de siempre. O se lo pareció a su corazón.

–¿Sabes que has soltado una maldición?

–¿Yo?

–Sí, cuando se te ha caído el aceite.

–No me acuerdo…

–Pues lo has hecho. Has dicho «maldita sea». No recuerdo que hablaras mal en los viejos tiempos…

Isabelle se encogió de hombros.

–Puede que entonces no tuviera motivos –se defendió.

–Sí, puede que sí –dijo él con ironía–. En fin, te iré a buscar un calmante para el dolor. Aprieta el hielo contra la pierna.

Emilio se marchó y regresó poco después con unos analgésicos y una crema para las quemaduras. Después, le dio un vaso de agua y esperó a que se tomara el analgésico. Isabelle supuso que le dejaría la crema para que se la pusiera ella más tarde; pero en lugar de eso, abrió el tubo y se la empezó a aplicar.

Sus movimientos eran tan sensuales que se excitó en seguida.

–¿Por qué eres tan bueno conmigo?

–Sinceramente, no lo sé.

Isabelle pensó que era lo más sincero que le había dicho desde que estaba en la casa. Y sin darse cuenta de lo que hacía, alzó un brazo y le acarició la mejilla.

Los ojos de Emilio se oscurecieron.

Ella sabía que estaba cometiendo un error, pero no lo podía evitar. Necesitaba tocarlo. Le daba igual que aquello fuera una ilusión, un juego. Pasó la mano por su piel y, a continuación, por su labio superior.

Estaba jugando con fuego y no le importaba.

Esta vez, quería quemarse.

Isabelle se inclinó hacia delante y apretó los labios contra la mejilla de Emilio. Su aroma y el tacto áspero de su barbilla sin afeitar le parecieron tan familiares como agradables y excitantes. Cabía la posibilidad de que Emilio la rechazara como la había rechazado la última vez, pero le deseaba tanto que estaba dispuesta a arriesgarse.

Cuando le besó la comisura de los labios, él se supo perdido. Cerró las manos sobre sus caderas, la levantó de la silla y la apretó contra la encimera de la cocina, besándola.

Isabelle supo que esta vez no iba a ser el juego lento y sensual de la noche anterior. Siempre había soñado que su primera vez sería tranquila, cariñosa y, preferiblemente, en una cama; que habría velas, champán y música suave de fondo. Pero eso no importaba en absoluto. Deseaba a Emilio con una desesperación que no había sentido antes.

Al sentir que sus senos se aplastaban contra su pecho, se encaramó a él y cerró las piernas alrededor de su cintura. Emilio le acarició los pezones y ella cerró los ojos mientras rezaba para que no dejara de tocarla.

Entonces, él intentó desabrochar el botón superior del vestido; pero se le resistió y optó por la solución más fácil, arrancarlos todos.

Luego, le bajó la prenda y le empezó a dar besos y mordiscos en el cuello, en los hombros, en los brazos y, finalmente, en la parte superior de los pechos. Como no era suficiente, le desabrochó el sostén, se lo quitó y le succionó un pezón con fuerza.

Ella sintió un placer tan intenso que creyó morir. Y un segundo más tarde, se oyó el timbre de la puerta.

Emilio maldijo en voz alta e Isabelle gimió.

–No abras –dijo ella.

–No tengo más remedio que abrir. Estoy esperando a un mensajero que trae unos documentos de mi oficina… aunque me extraña que aparezca tan pronto. Me habían dicho que vendría alrededor de las doce.

–Oh, no… esto no es justo –protestó.

–Tendrás que abrir la puerta.

–¿Yo? No puedo abrir la puerta con este aspecto. Tengo el vestido roto y lleno de aceite…

–Lo mío es peor, Isabelle. Pero no creas que he terminado contigo – siguió diciendo–. Seguiremos más tarde.

El timbre de la puerta volvió a sonar e Isabelle se alejó hacia la entrada principal mientras intentaba cerrarse el cuello del vestido y adecentarse un poco.

Pero el hombre que había llamado no era un mensajero. Llevaba unas botas, unos vaqueros desgastados y una chaqueta de cuero negro. Tenía el cabello del mismo color que Emilio y su cara le resultaba vagamente familiar.

El desconocido arqueó una ceja y dijo:

–Parece que ha tenido una mañana difícil…

Emilio se maldijo para sus adentros cuando reconoció la voz del hombre que estaba en la entrada. Su hermano, que llevaba tres meses sin llamar por teléfono, había elegido precisamente esa mañana para presentarse en su casa.

Cruzó el vestíbulo y pasó ante Isabelle, que se había quedado pasmada, sin saber qué decir.

–Ya me encargo yo, Isabelle.

–Está bien… iré a cambiarme de ropa.

Isabelle ya se había ido cuando el recién llegado volvió a hablar.

–Buenos días, hermanito. Hacía tiempo que no nos veíamos…

–¿Qué diablos quieres, Estefan?

–¿No vas a invitarme a entrar?

Emilio no quería tenerlo en su casa. No con Isabelle presente; porque si su hermano adivinaba lo que estaba haciendo, le complicaría las cosas.

–¿Invitarte? ¿Por qué? Ni siquiera sé dónde has estado últimamente. Mamá está muy preocupada.

–Descuida, no he estado en la cárcel. Aunque no lo creas, estoy limpio y absolutamente sobrio. No he bebido desde hace meses.

Emilio no creyó a su hermano. No le creía capaz de dejar definitivamente las drogas. Las había dejado muchas veces y siempre volvía a las andadas.

–¿Qué quieres, Estefan?

–Nada. ¿Es que necesito un motivo para visitar a mi hermano?

Emilio no se dejó engañar. Estefan siempre quería alguna cosa.

–Como no me digas lo que quieres, te cerraré la puerta en las narices.

La sonrisa de Estefan desapareció al instante.

–Está bien. He venido a hablar contigo.

–No tenemos nada de lo que hablar.

–Oh, vamos. Soy tu hermano pequeño…

–Dime dónde has estado.

–En Los Ángeles, trabajando.

–Ya –dijo con desconfianza.

–Bueno, ¿me vas a dejar pasar? ¿o no?

–No.

Estefan volvió a sonreír.

–Me sorprendes, hermano. Jamás habría imaginado que Isabelle Winthrop estaría trabajando para ti como criada. A no ser que el uniforme de criada solo forme parte de algún jueguecito sexual…

Emilio bufó.

–¿Creías que no la reconocería?

Emilio no dijo nada.

–Dudo que a mamá le guste lo que estás haciendo.

–Está bien, te concedo cinco minutos. Pero espera aquí.

Emilio dejó a Estefan en el vestíbulo y se dirigió a la cocina. Isabelle ya se había cambiado y estaba limpiando el aceite que se había derramado.

–No te preocupes por mi hermano; me lo llevaré al despacho. Solo he venido a decirte que no te molestes en preparar el desayuno.

Justo entonces, Estefan apareció en la cocina.

–Vaya, pero si es la señorita Winthrop… ¿No deberías estar en la cárcel?

–No hasta dentro de cinco semanas –respondió–. ¿Quieres tomar algo?

–Estefan no se va a quedar –intervino Emilio, que hizo un gesto a su hermano para que lo siguiera–. Terminemos con esto de una vez.

Cuando entraron en el despacho y cerraron la puerta, Estefan dijo:

–Isabelle Winthrop, ¿eh? No sabía que te gustara tanto.

–No me acuesto con ella, Estefan.

–¿Y qué hace en tu casa?

–Trabaja para mí.

–No has contestado a mi pregunta. ¿Por qué la has contratado? Seguro que recuerdas lo que su familia le hizo a nuestra madre y lo que ella misma te hizo a ti.

–Eso no es asunto tuyo.

Estefan sonrió de medio lado.

–Ah, comprendo… haces que trabaje para ti como mamá trabajó para ellos. Buena idea.

–Me alegra que la apruebes.

–¿Qué saca ella de esto?

–Quiere que Alejandro acepte un acuerdo sobre su madre para que no termine en prisión.

–¿Y Alejandro sabe lo que estás haciendo?

Emilio se sentó tras la mesa del despacho.

–Hablemos de ti, Estefan. ¿Qué quieres?

–Sigues dando por sentado que he venido a pedirte algo…

Emilio lo miró con dureza y Estefan se alejó hacia la ventana. Nunca había sido capaz de soportar la mirada de su hermano mayor.

–Antes de hablar, escucha lo que tengo que decir.

–De acuerdo, te escucho.

–No he venido a pedirte dinero; tengo el dinero necesario para pagar a mis prestamistas… pero en este momento, no puedo acceder a él.

–¿Por qué?

–Porque alguien me lo impide.

–¿Quién?

–Un socio. Tiene que vender ciertas propiedades para poder pagarme, pero va a tardar varios días y mis prestamistas son tipos poco pacientes. Necesito un lugar donde quedarme hasta que consiga los fondos. Un sitio donde no me encuentren. Solo serían unos cuantos días… hasta Acción de Gracias, como mucho.

–Aunque te quedaras aquí, te podrían encontrar.

–Pero tu casa es una fortaleza. Échame una mano, Emilio, por favor. Intento arreglar mi vida… cuando pague esa deuda, estaré completamente limpio. De hecho, tengo un amigo que se dedica a las promociones de rodeos y que me ha ofrecido trabajo. Podría empezar nuevamente y hacer las cosas bien.

Emilio quería creer a su hermano, pero había oído tantas mentiras de su

boca que ya no lo creía.

–Evidentemente, no puedo ayuda a mamá –continuó Estefan–. No me puedo arriesgar a que esa gente se acerque a nuestra madre.

Emilio sacudió la cabeza. Era su hermano y no tenía más remedio que ofrecerle alojamiento. Además, conocía a Estefan y sabía que, si le negaba su ayuda, le contaría lo de Isabelle a todo el mundo.

–Está bien, te puedes quedar cinco días, hasta Acción de Gracias. Pero si para entonces no has pagado tu deuda, estarás solo.

Estefan se acercó a él y le dio un abrazo.

–Gracias, hermano.

–No me des las gracias tan deprisa. Te quedarás con la condición de que no bebas alcohol ni tomes drogas mientras estés bajo mi techo.

–Eso no será un problema. Como te decía antes, lo he dejado.

–Y guardarás lo de Isabelle en secreto.

–De acuerdo. Te doy mi palabra.

–Y no te meterás con ella.

Estefan arqueó una ceja.

–Es mi casa y son mis normas –sentenció Emilio.

Su hermano se encogió de hombros.

–Muy bien, lo que tú digas.

–Le diré a Isabelle que te prepare una habitación.

–Tengo que salir a hacer unas cosas –le informó–, pero volveré esta noche. Supongo que tarde.

–Si no estás aquí a las doce, dormirás en la casita de la piscina –le advirtió.

–Bueno, podrías darme el código de seguridad de la entrada…

–¿Darte el código de seguridad? ¿A ti?

Estefan se encogió de hombros otra vez.

–Vale… volveré antes de las doce.

Estefan se marchó y Emilio fue a buscar a Isabelle.

–Se quedará aquí unos cuantos días. Seguramente, hasta Acción de Gracias.

–Ah.

–Eso no cambia nada. Salvo por el hecho de que tendrás que cocinar para uno más… Y no te preocupes por él. Le he ordenado que no te moleste.

–¿Por qué? ¿Es que tú eres el único que puede burlarse de mí?

Emilio abrió la boca para responder, pero ella se le adelantó.

–Lo siento, no debería haber dicho eso. Y siento haber arruinado tu desayuno… Es que soy un desastre como cocinera –admitió–. Pero gracias por ser tan bueno conmigo y por cuidarme. Hacía tiempo que nadie me trataba bien.

–¿Ni siquiera tu marido?

Isabelle contestó con un fondo de amargura.

–No tengo quejas de Lenny. Siempre fue agradable conmigo.

Emilio no quiso presionarla; por su tono de voz, ya había adivinado que no había sido feliz con su difunto esposo.

Capítulo Ocho

Emilio afirmaba que quería mantener su relación en el terreno de lo profesional; pero Isabelle sabía que, si Estefan no hubiera llamado al timbre de la casa, habrían terminado por hacer el amor en la cocina.

Solo se le ocurrió una explicación: que Emilio quisiera mantener las distancias mientras su hermano estuviera en la casa. Y lo entendía de sobra. Le parecía normal que se negara a que la relacionaran con él. Incluso descontando el hecho de que su padre había destrozado la reputación de la madre de los Suárez, era una delincuente.

Pero lamentaba que hubiera cambiado tan abruptamente de actitud. No salió de su despacho en todo el día. Ni siquiera le dedicó uno de sus comentarios irónicos cuando le llevó la cena. De hecho, no le dirigió ni una palabra.

A las ocho de la tarde, cuando ya había terminado su trabajo, se quedó sin nada que hacer. Y la perspectiva de pasar una larga y solitaria noche le pareció tan deprimente que decidió salir a ver su madre. Sin embargo, tenía un problema. Como en esa zona no había transporte público, no podía ir a ninguna parte sin pedirle el coche a Emilio; y Emilio no se lo prestaría si sabía que iba a ver a su madre.

Por supuesto, podría haber mentido. Podría haber dicho que necesitaba ir de compras. Pero cuando volviera a la mansión con las manos vacías, se daría cuenta de que lo había engañado. Y por otra parte, odiaba mentir.

Al final, decidió escabullirse, tomar el coche prestado y asumir las posibles consecuencias.

Se cambió de ropa y bajó a la cocina para buscar las llaves del vehículo. Emilio había salía del despacho en busca de una manzana en ese momento.

–¿Adónde vas? –preguntó, extrañado.

Isabelle decidió decir la verdad.

–A ver a mi madre. Volveré pronto.

–¿Estefan ya ha llegado?

–No.

–¿Te vas a llevar el coche?

Ella asintió.

–Está bien, pero conduce con cuidado.

Isabelle no salía de su asombro. Primero renunciaba a seducirla y ahora, la dejaba salir de casa y le prestaba el coche sin protestar.

Perpleja, entró en el garaje, subió al vehículo y arrancó. Quince minutos después, estaba llamando al piso de su madre, que abrió inmediato.

–¡Isabelle! ¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó sorprendida.

–La señora Smith no me necesitaba esta noche… y como me aburría, he decidido pasar a verte –contestó.

Isabelle pensó que la actitud de su madre era muy sospechosa. Normalmente, ya la habría invitado a entrar; pero en esa ocasión se mantuvo inmóvil en la entrada, bloqueándole el paso.

–Ah, vaya… me temo que no es buen momento.

Isabelle frunció el ceño.

–¿Ha pasado algo malo?

–No, en absoluto. Es que tengo compañía.

Cuando volvió a mirar a su madre, se dio cuenta de que iba muy elegante. Se había arreglado el pelo y se había puesto una falda y una blusa nuevas. Se había puesto guapa para alguien.

–¿Quién es, Adriana? –preguntó una voz masculina desde el interior del piso.

Isabelle arqueó una ceja. Adriana no había salido con ningún hombre durante los tres años transcurridos desde la muerte de su esposo.

–Será mejor que pases –dijo su madre, ruborizada.

En cuanto Isabelle llegó al salón, supo que su acompañante era algo más que un amigo. En la mesita baja había una botella de champán y dos copas, además de una vela encendida.

–Isabelle, te presento a Ben McPherson. Ben, te presento a mi hija.

El hombre, alto y de cabello canoso, se levantó para estrecharle la mano. Con pantalones vaqueros y una camisa hawaiana, parecía un viejo

hippie. No podía ser más distinto a su difunto padre.

–Ah, Isabelle… tenía muchas ganas de conocerte –dijo cordial.

–Ben es el dueño de la cafetería que está junto a la boutique donde trabajo –explicó Adriana.

–Ah…

–¿Quieres sentarte con nosotros? Estábamos a punto de ver una película.

Isabelle sacudió la cabeza. No quería destrozarle la velada a su madre.

–No, gracias. Quizás en otro momento.

–¿Seguro que no te quieres quedar un rato? Te serviré una copa de champán.

–No puedo beber… me temo que tengo que conducir –explicó Isabelle–. Pero me alegro de haberte conocido.

–Igualmente.

–Te acompañaré al coche –intervino su madre–. Vuelvo enseguida, Ben.

Isabelle siguió a su madre hasta el exterior del piso.

–¿Estás enfadada? –preguntó Adriana.

–¿Enfadada? ¿Por qué?

–Por lo de mi amigo, claro.

–¡Por supuesto que no! Quiero que seas feliz. Y me ha parecido un hombre muy agradable.

Su madre sonrió.

–Lo es. Siempre desayuno en su cafetería… me ha pedido tantas veces que saliera con él que, al final, acepté.

–Así que te gusta…

–Sí, aunque todavía me pone un poco nerviosa –confesó–. Le he contado lo de nuestros problemas legales y no le importa en absoluto.

Isabelle acarició a su madre en el brazo.

–¿Besa bien?

–¡Por Dios, Isabelle! Con excepción de tu padre, no he besado a ningún hombre desde que tenía dieciséis años. De hecho, la idea me asusta un poco.

–¿Te gusta físicamente, mamá?

Su madre sonrió con timidez y asintió.

–Sí, pero necesito ir poco a poco.

–¿Y él lo entiende?

–Creo que sí… hemos hablado mucho. De tu padre y de cómo eran las

cosas antes –respondió–. Sabe escuchar.

–¿Cuántas veces habéis salido?

–Esta es la tercera.

Había salido tres veces con un hombre y lo había mantenido en secreto.

–Vaya, ahora sí que estás molesta…

–No, solo sorprendida.

–Quería decírtelo, pero supongo que me daba vergüenza. Además, no dejo de pensar que Ben se cansará de mí en algún momento y de que cada cita será la última.

–No digas tonterías, mamá… Ben tiene suerte de estar contigo. Y estoy segura de que lo sabe.

–Desde luego, parece que le gusto –admitió–. Ya está haciendo planes para el fin de semana que viene.

–En ese caso, será mejor que vuelvas con él. Que te diviertas. Ah… y si aceptas un consejo, dale un beso de una vez.

–Lo haré.

Su madre sonrió e Isabelle le dio un abrazo.

–Hasta el jueves entonces.

–Ah, casi lo olvidaba… Como mi horno no funciona bien y no podía preparar la cena de Acción de Gracias, Ben me ha invitado a cenar con él y unos amigos suyos. Había pensado que nos podías acompañar.

Isabelle no podía aceptar el ofrecimiento; sabía lo que pensarían los amigos de Ben cuando supieran que estaba acusada de fraude. Pero necesitaba una excusa creíble para que su madre no se ofendiera con su negativa.

–Me encantaría, pero no puedo. La familia de la señora Smith me pidió que cenara con ellos –mintió–. Han sido tan amables conmigo que, sinceramente, no pude negarme.

–¿Estás segura de que no puedes venir? Siempre hemos cenado juntas el día de Acción de Gracias…

Isabelle forzó una sonrisa.

–Estoy segura.

Dio un último abrazo a su madre y subió al coche.

Adriana se quedó un momento en la puerta del edificio y sacudió la mano a modo de despedida.

Su madre empezaba a disfrutar de la vida otra vez. Pero en lugar de alegrarse por ella, tenía ganas de detener el coche, apoyar la cabeza en el volante y romper a llorar.

El motivo era evidente. Adriana y ella habían estado solas durante tanto tiempo que se habían acostumbrado a formar un equipo. Sin embargo, ahora había encontrado a un hombre. Y parecía feliz.

En cambio, ella no tenía a nadie.

Ya eran casi las once cuando llegó a la casa de Emilio. Aparcó el coche en el garaje, junto al Ferrari y entró. Luego, dejó el bolso y el jersey en su habitación y se dirigió a la cocina para prepararse una taza de té.

Acababa de poner el agua a calentar cuando apareció Estefan.

–¿Necesitas ayuda?

Isabelle se giró y lo miró. Era un joven encantador y muy atractivo, aunque no tan atractivo como Emilio, pero siempre había desconfiado de él. No le gustaba su forma de mirar. Le ponía nerviosa.

Estefan sacó las bolsitas de té y se las dio.

–Gracias.

–De nada.

Él se apoyó en la encimera y se cruzó de brazos.

–¿Emilio te ha enseñado tu habitación?

–Sí, claro… su casa es preciosa, ¿no te parece? –Estefan echó un vistazo a su alrededor–. Se lo ha montado bien.

–Desde luego.

–Seguro que ahora te arrepientes de haberlo abandonado.

Isabelle no dijo nada. A pesar de la promesa que Estefan le había hecho a Emilio, sabía que no se resistiría a la tentación de criticarla.

–Menudo negocio, ¿eh?

–¿Negocio? ¿A qué te refieres?

–Al negocio que te has buscado con mi hermano. Te alojas en su casa, conduces sus coches y te comes su comida. No está nada mal –afirmó Estefan–. Pero dime una cosa… ¿qué saca Emilio a cambio?

Isabelle decidió contestar de la misma manera que antes, con el silencio.

El agua empezó a hervir y ella se acercó a servirse el té. A pesar de la actitud agresiva de Estefan, tenía la sensación de que su actitud era menos siniestra que en otras ocasiones. Con un poco de suerte, se aburriría y la dejaría en paz.

Pero no fue así.

De repente, se puso detrás de ella. Estaba tan cerca que casi podía sentir el calor de su cuerpo.

–Mi hermano es demasiado ingenuo para saber cuándo lo están

utilizando.

Se sirvió el té y se dio la vuelta con intención de ir a su dormitorio. Pero Estefan le bloqueó el paso.

–Si me permites…

–Pídemelo por favor.

Isabelle lo miró fijamente a los ojos. Y tras unos segundos, él se apartó.

Cuando entró en el dormitorio, echó el cerrojo. No creía que Estefan se atreviera a intentar algo con ella, estando su hermano en casa; pero prefirió asegurarse.

Sacudió la cabeza y maldijo su suerte. Aunque la vida con Emilio no había sido precisamente un picnic, debía reconocer que se sentía a salvo con él. Pero la aparición de Estefan lo había cambiado todo.

Capítulo Nueve

Emilio empezaba a pensar que, contra todo pronóstico, su hermano se estaba reformando. Fiel a su palabra, no le había pedido ni un céntimo. No salía de noche, no iba a fiestas y, en los tres días que llevaba en la casa, no había probado una gota de alcohol.

Incluso tenía la impresión de que sus diferencias empezaban a desaparecer poco a poco. Como estaba preocupado con los problemas de la Western Oil, Emilio había pasado un par de noches viendo las noticias; Estefan lo había acompañado y se había comportado en todo momento y por primera vez en su vida como un hermano de verdad. Además, su presencia le ayudaba a dejar de pensar en Isabelle.

O por lo menos, a intentarlo.

Quería mantener su relación en un terreno puramente profesional, pero Isabelle volvía una y otra vez a su pensamiento. Recordaba sus besos, recordaba la suavidad de su piel y recordaba el calor de su cuerpo.

La deseaba. Y por la forma en que Isabelle lo miraba, el sentimiento era recíproco.

Hasta Estefan lo había notado.

–Le gustas, hermano –dijo el martes mientras veían una película.

–Nuestra relación es laboral, nada más.

–¿Por qué? Podrías divertirte un poco y después, librarte de ella. Sería la venganza perfecta. Usarla como ella te usó a ti.

Esa había sido su intención original; pero por un motivo que ni él mismo entendía, había cambiado de planes.

–Creo que ya tiene lo que se merece. Se ha quedado viuda, está en la ruina y le falta un mes para pasar el resto de su vida en la cárcel. No puede caer más bajo. Aunque debo añadir que lo lleva con bastante dignidad.

–Si no te conociera mejor, pensaría que te cae bien…

Emilio no dijo nada.

No estaba seguro de lo que sentía por ella. Solo sabía que ya no la odiaba, aunque, naturalmente, tampoco podían ser amigos.

Entonces, Estefan bostezó, se estiró y dijo:

–Mañana tengo que levantarme pronto. Será mejor que me acueste.

Emilio apagó la televisión.

–Sí, yo también debería acostarme.

–Por cierto, hoy he hablado con mi socio. Dice que le ha surgido un problema y que no me podrá dar el dinero hasta después de Acción de Gracias. Sé que te prometí que solo estaría en tu casa hasta entonces, pero…

–No te preocupes. Te puedes quedar unos días más.

–¿Seguro?

–Por supuesto.

–Gracias, hermano.

Tras despedirse, Emilio fue a la cocina para servirse un zumo. Vació lo que quedaba del cartón en un vaso y, cuando quiso tirar el cartón a la basura, descubrió que estaba llena.

Suspiró y pensó que quizás Isabelle lo había hecho a propósito, para molestarle.

Sacó la bolsa de basura, la cerró y se dirigió al contenedor, junto al garaje. Mientras la metía dentro, se dio cuenta de que el coche que Isabelle se había llevado tenía un arañazo en el parachoques.

Se acercó a inspeccionarlo y vio que no era un arañazo sino algo que se había quedado pegado al metal. Lo quitó y se dijo que tenía que hablar con ella para pedirle que lavara el vehículo.

Al regresar a la cocina, Isabelle estaba junto al frigorífico, con la puerta abierta. Tenía el pelo mojado y llevaba una bata desgastada, de franela.

–¿No puedes dormir?

Ella se sobresaltó.

–¡Me has dado un susto de muerte!

Emilio ya se disponía a hacer un comentario irónico cuando se fijó en que la bata estaba ligeramente entreabierta. Lo suficiente para ofrecerle una vista magnífica de la parte superior de su seno izquierdo.

Le gustó tanto que se quedó paralizado. Intentó apartar la mirada, pero sus ojos parecían pegados a aquella visión. Sentía la imperiosa necesidad de meter una mano por debajo de la baja y acariciarle el pecho hasta arrancarle gemidos de placer.

Isabelle siguió la dirección de su mirada y se dio cuenta de lo que ocurría. Emilio supuso que se cerraría rápidamente la bata, pero no fue así. Se limitó a alzar la cabeza, mirarlo a los ojos y quedarse inmóvil, como esperando que él diera el primer paso.

Intentó resistirse. Lo intentó con todas sus fuerzas.

Y consiguió mantener las distancias.

Pero Isabelle tenía otros planes. Súbitamente, se desabrochó el cinturón de la bata, avanzó hacia él y le puso una mano en el pecho.

Emilio tragó saliva.

Podía haberse negado, podía haberse apartado, quería apartarse; pero su mano izquierda se movió como si tuviera voluntad propia, se cerró sobre el pecho de Isabelle y le empezó a acariciar el pezón.

Ella gimió y llevó sus manos al cinturón de Emilio.

Todavía no era demasiado tarde. Todavía podía detenerla. Pero la oportunidad se esfumó enseguida.

Isabelle le desabrochó el cinturón y el botón, le bajó la cremallera, metió una mano por la abertura de sus calzoncillos y la cerró sobre su pene.

En otras circunstancias, le habría hecho el amor en la cocina o se la habría llevado a su dormitorio; sin embargo, su hermano estaba en la casa y ninguna de las dos opciones le pareció adecuada.

–Vamos a tu habitación –dijo.

Isabelle tomó a Emilio de la mano y lo llevó a su habitación. Cuando él vio que la luz estaba encendida, pensó que la apagaría como en los viejos tiempos. Pero no la apagó. Simplemente, cerró la puerta y se quitó la bata.

Él se estremeció. Era la criatura más bella que había visto.

–Tienes que prometerme que esta vez no pararás –declaró ella mientras le desabrochaba los botones de la camisa.

Emilio sacó el preservativo que llevaba en el bolsillo del pantalón, se lo dio y asintió.

–Te lo prometo.

Isabelle sonrió y le quitó la camisa.

–No sabes cuántas veces he soñado con este momento, Emilio…

Ella le bajó los pantalones y los calzoncillos y los dejó en el suelo.

–Te he echado tanto de menos –continuó–. ¿Y sabes qué es lo que más

extrañaba?

–¿Qué?

–Tumbarme en la cama contigo, bajo las sábanas, y acariciarnos. A veces nos sentíamos tan cerca que parecíamos la misma persona. ¿Te acuerdas?

Emilio se acordaba perfectamente. Había estado con muchas mujeres desde que Isabelle lo abandonó, pero no había vuelto a sentir aquella conexión; no se había sentido de ese modo con ninguna.

Isabelle apartó el edredón y se metió en la cama. Emilio se tumbó a su lado. Y cuando ella intentó taparlos, él la detuvo.

–No, esta vez no quiero que nos tapemos. Esta vez quiero verte.

Ella llevó las manos a su cara y se la acarició. Él se dio cuenta de que sus manos temblaban y le pareció extremadamente paradójico. Parecía nerviosa. Pero hasta ese momento, se había comportado como si no tuviera inhibiciones.

–Estás temblando.

–Porque llevo años esperando esta noche.

–¿Estás segura de que quieres hacerlo?

–No he estado más segura de nada en toda mi vida.

Isabelle le pasó los brazos alrededor del cuello y lo besó.

Para Emilio fue como volver a casa. Todo en ella le resultaba familiar, desde el aroma de su piel hasta los suaves gemidos que emitía cuando le acariciaba el cuerpo. Se sintió como si volviera a tener veintiún años y estuvieran nuevamente en su casa alquilada del campus, con una vida entera por delante.

Además, recordaba la forma de volverla loca de placer. Sabía lo que le gustaba y la llevó una y otra vez al borde del orgasmo, hasta que Isabelle ya no lo pudo soportar.

–Hazme el amor, Emilio.

Emilio alcanzó el preservativo que le había dado y se lo puso ante su atenta mirada. En cuanto terminó, ella separó los muslos y alzó un poco la cadera, para que la penetrara.

Pero Emilio se llevó una nueva sorpresa.

Cuando quiso entrar en su cuerpo, notó una resistencia que no esperaba. Pensó que tal vez estaba tensa ante la perspectiva de consumar su relación quince años después; a fin de cuentas, él también estaba nervioso. Sin embargo, la resistencia se mantuvo.

–¿Isabelle? –preguntó, confuso.

Ella se aferró a sus hombros.

–Sigue, por favor…

Emilio no tenía ninguna intención de detenerse. Pero solo se le ocurría una explicación para lo que pasaba. Isabelle era virgen.

–Nos lo tomaremos con calma –le prometió.

Por fin, entró en ella y se empezó a mover muy despacio. Isabelle reaccionó retorciéndose contra él y acompañándolo en sus acometidas. Emilio estaba tan concentrado en la sensación de su cuerpo que siguió adelante por puro instinto, sin pensar.

Cuando ella gritó y se estremeció al llegar al orgasmo, él se dejó llevar y alcanzó un clímax perfecto. Pero después, al salir de su cuerpo y ver las sábanas manchadas de sangre, se encontró ante la prueba de una realidad increíble.

–No he dejado de imaginar este momento durante los últimos quince años, pero ha sido mucho mejor que en mis fantasías –le confesó ella.

–Izzy… ¿por qué no me lo habías dicho?

Isabelle bajó la mirada y se ruborizó al ver la sangre.

–Porque sentía vergüenza.

–¿Vergüenza?

–No hay muchas vírgenes de treinta y cuatro años.

–Pero, ¿cómo es posible? ¿Tu marido no… ?

–Preferiría hablar de otra cosa –lo interrumpió.

–Isabelle, no alcanzo a comprender cómo has podido estar casada durante quince años sin hacer el amor ni una sola vez con tu esposo.

Ella se sentó en la cama.

–Es… complicado.

–Pues explícamelo. Seguro que lo puedo entender.

–Es que nosotros… No teníamos ese tipo de relación?

–¿Y qué tipo de relación teníais? ¿No estabas enamorada de él?

Isabelle apartó la mirada y guardó silencio.

–Yo respetaba a Lenny.

–¿Que lo respetabas? –preguntó, perplejo–. ¿Esa es tu forma de confesar que te casaste con él por dinero?

Isabelle no lo negó. Y a Emilio le pareció tan espantoso que se levantó de la cama y alcanzó los pantalones.

–Esto ha sido un error.

–Emilio…

–Ha sido un error –repitió–. No sé en qué estaba pensando.

Isabelle se mantuvo en silencio durante unos segundos. Emilio se preguntó si le rogaría que se quedara con ella o si, por el contrario, admitiría que habían cometido un error.

Y fue lo segundo.

–Tienes razón –Isabelle apartó la mirada–. Ha sido un error.

Emilio se puso los pantalones.

–¿Qué vamos a hacer ahora? –continuó ella.

–¿A qué te refieres?

–¿Vas a romper a nuestro acuerdo original?

Emilio alcanzó su camisa.

–No, soy un hombre de palabra. Pero te agradecería que, a partir de ahora, te mantengas alejada de mí. Yo haré lo mismo contigo.

Emilio salió de la habitación y cerró la puerta. Y cuando ya pensaba que las cosas no podían empeorar, se encontró con su hermano. Estaba sentado en la cocina, comiéndose un bocadillo.

–No digas ni una palabra –lo amenazó al ver su sonrisa irónica.

Estefan se encogió de hombros.

–No es asunto mío, hermano.

Emilio deseó que Estefan se hubiera presentado en la cocina antes de que Isabelle se quitara la bata. Si lo hubiera hecho, no se habría acostado con ella.

Pero ya era tarde. Solo sabía que no volvería a cometer ese error.

Capítulo Diez

Era lo mejor para ambos.

Al menos, eso fue lo que Isabelle se repitió a lo largo del día siguiente.

Mientras pasaba la aspiradora por la habitación de invitados, recordó su cara de asombro cuando le confesó que seguía siendo virgen. Estaba tan excitada que no había caído en la cuenta de que él lo notaría.

A pesar de todo, no se arrepentía de lo que habían hecho; lo amaba y siempre había querido que Emilio fuera su primer hombre.

Estefan la estaba observando desde el umbral, con una cerveza en la mano. Se llevó la cerveza a los labios y echó un trago. Isabelle sabía que, a pesar de la promesa que le había hecho a su hermano, seguía bebiendo. Si no se lo había dicho a Emilio era porque estaba segura de que no la creería. Y por el mismo motivo, tampoco le había dicho que le había pillado hurgando en los cajones de la mesa de su despacho.

–¿Dónde están las llaves del Ferrari?

Isabelle apagó la aspiradora.

–¿Por qué lo preguntas?

–Porque lo necesito.

–No tengo ni idea. Pregúntaselo a Emilio.

–No quiero molestar a mi hermano.

–Lo comprendo, pero no te puedo ayudar.

–En ese caso, tendré que llevarme el sedán…

–¿Por qué no te vas en tu moto?

–Porque no tiene gasolina –respondió Estefan–. Y a menos que me

prestes veinte dólares, estoy sin blanca.

Isabelle lo miró fijamente. No tenía veinte dólares; pero si los hubiera tenido, no se los habría prestado.

–Bueno, me llevaré el sedán.

–Como quieras.

–¿Qué tal van las cosas? Parece que no han salido como imaginabas…

Ella no contestó.

–Virgen a los treinta y cuatro años… –Estefan sacudió la cabeza–. ¿Es que tu marido era impotente? ¿O es que no te ponía?

Isabelle se sintió profundamente humillada, pero permaneció en silencio.

–Si necesitabas solucionar ese problema, solo tenías que pedírmelo. Soy bastante más hombre que mi hermano.

Isabelle estalló.

–No me acostaría contigo ni aunque fueras el único hombre de la Tierra.

–Eso ya lo veremos.

El día de Acción de Gracias no empezó precisamente bien para Emilio.

Cuando salió de la ducha y se empezó a vestir, vio que la camisa que Isabelle le acababa de planchar estaba quemada.

–Es una camisa de trescientos dólares, Isabelle –protestó. Solo tenías que plancharla un poco. No te he pedido que la achicharraras.

–Es que no sabía que la plancha estuviera tan caliente… te compraré otra.

Él sacudió la cabeza.

–¿Después de pagar el arreglo de la alfombra? ¿Después de sustituir los platos que has roto? ¿Después de cambiar toda la ropa blanca que ahora es rosa? –se burló–. Sin mencionar que la factura del supermercado ha aumentado misteriosamente un doce por ciento desde que llegaste a mi casa.

–Bueno… supongo que podría quedarme una o dos semanas más. Gratis, por supuesto; así te pagaría con mi trabajo.

Emilio suspiró. Era lo que le faltaba.

–A partir de ahora, te ruego que te mantengas alejada de la plancha. Por el bien de todos.

Ella asintió.

Él alcanzó unos calzoncillos y se dispuso a quitarse la toalla que se

había enrollado alrededor del cuerpo. Pero Isabelle seguía allí.

–¿Quieres ver cómo me desnudo?

–No sabía si habías terminado…

–¿Terminado?

–Sí, de gritarme.

–Yo no estaba gritando.

–No, bueno… pero me estabas castigando con tus críticas.

–Si te quisiera castigar, te aseguro que se me ocurrirían unas cuantas formas –dijo sin humor–. Solo estaba hablando contigo.

–¿Necesitas algo más? –preguntó ella.

–Sí. Dile a mi hermano que estaré preparado en veinte minutos.

–De acuerdo.

Cuando Emilio terminó de vestirse, se puso una chaqueta de cachemir y se guardó la cartera en el bolsillo. Estefan le estaba esperando en la cocina. Llevaba unos vaqueros y una camisa demasiado abierta para asistir a una reunión familiar, pero Emilio no dijo nada.

–¿Nos vamos?

–¿Me dejas conducir?

Emilio sacudió la cabeza. Aunque su hermano se estuviera reformando, no iba a permitir que llevara un coche que valía medio millón de dólares.

–No.

Estefan soltó un gruñido, pero no dijo nada y acompañó a su hermano hasta el garaje. Ya estaban a punto de subir al Ferrari cuando Emilio se fijó en el sedán y vio que tenía un arañazo tremendo.

–Maldita sea…

–No te enfades con ella, hermano. Está acostumbrada a que la lleve un chófer…

–¡Isabelle!

Isabelle apareció corriendo.

–¿Qué pasa? ¿Qué he hecho esta vez?

–Como si no lo supieras…

–No, no lo sé.

–¿Qué le ha pasado a mi coche?

Emilio le enseñó el arañazo y ella se quedó boquiabierta.

–¿Quién ha hecho eso? –acertó a decir.

–¿Intentas convencerme de que no es cosa tuya?

Isabelle miró a los dos hombres. No recordaba haber chocado contra nada; pero a pesar de ello, respondió:

–Apúntalo en mi cuenta.

–¿Por qué no me lo habías dicho?

–¿Para qué? ¿Para que te burlaras de mí como haces siempre?

–¿Qué diablos te pasa, Isabelle?

Ella se encogió de hombros.

–Supongo que me estoy mostrando como realmente soy o, más bien, como la mujer que tú crees que soy. Deberías estar contento.

Isabelle dio media vuelta, entró en la casa y cerró de un portazo.

–Buena chica –ironizó Estefan.

A Emilio no le hizo gracia.

–Entra en el coche.

Ya habían arrancado cuando Estefan volvió a hablar.

–Hermano, esa mujer no merece la pena. Deberías echarla de tu casa.

–No puedo. Le di mi palabra.

–Pero no le debes nada…

Emilio se mantuvo en silencio. No tenía intención de echar a Isabelle. Le había dado su palabra y eso significaba mucho para él. Estefan no lo entendía porque no había respetado una promesa en toda su vida.

En cuanto llegaron a casa de Alejandro, los niños se abalanzaron sobre ellos.

–¡Eh, dejadlos en paz! –protestó Alejandro.

–¡Tío Em! ¡Tío Em! ¿Sabes que voy a tener otro hermanito? –preguntó Reggie, mientras le pegaba tirones de la manga.

–Sí, tu papá me lo ha dicho. Es genial.

–Desde luego… –Estefan rio–. ¡Cuatro hijos!

Alejandro se encogió de hombros.

–Ya sabéis que Alana quería tener una niña… No me podía negar.

–Pues yo quiero que sea niño –protestó Reggie.

Emilio rio.

–Bueno, tu mamá tendrá lo que tenga que tener. Esas cosas no se saben nunca.

–¿Sabes quién ha venido? –preguntó Alex.

–Alex… –le advirtió su padre–. Se suponía que iba a ser una sorpresa.

–¿Quién ha venido? –preguntó Emilio.

De repente, Enrique apareció en la entrada de la casa.

–¡Enrique! ¿Qué estás haciendo aquí? Te creía al otro lado del mundo…

–Bueno, mamá me convenció de que viniera y Alejandro me pagó el

billete –explicó.

Enrique abrazó a Emilio y después, a Estefan.

–Tienes muy buen aspecto –dijo Estefan–. Pero seguro que a mamá no le ha gustado ni tu melena ni tu barba.

–No, por supuesto que no me ha gustado.

Su madre se presentó con un delantal atado a su estrecha cintura. Tenía cincuenta y ocho años y había llevado una vida muy dura, pero parecía más joven de lo que era.

–A mí no me disgusta –declaró Alana desde el vestíbulo.

–He conseguido lo que quería… tener juntos a mis hijos. Eso es lo único importante.

Emilio abrazó a su cuñada y le dio un beso.

–Felicidades, Alana.

–Gracias. Aunque con la suerte que tengo, es posible que dé a luz dos gemelos varones en lugar de una niña.

Emilio se encogió de hombros.

–Podría ocurrir, sí…

–Eh, ¿se puede saber qué estamos haciendo en la entrada de la casa? –intervino Alejandro–. Vamos a la cocina.

El día transcurrió tan bien que fue el mejor día de Acción de Gracias en muchos años. La comida estaba fantástica y su madre se alegraba tanto de volver a ver a Enrique que tardó varias horas en arrinconar a Emilio.

–No me parece bien que vivas solo en esa casa tan grande –declaró.

–Me gusta vivir solo. Y si alguna vez siento la necesidad de tener niños, le pediré a Alejandro que me preste los suyos.

–Deberías tener hijos.

–¿Por qué me lo dices a mí? Díselo a Enrique.

–Oh, no… Enrique es muy joven todavía.

Emilio rio.

–¿Y yo que soy? ¿Un anciano?

–Tú eres un vejestorio –se burló su hermano menor.

Chris, el menor de los hijos de Alejandro, se encaramó a la pierna de Emilio y se sentó en su regazo. Emilio ya estaba pensando que tener niños podía ser una buena idea cuando el pequeño le vomitó encima.

–¡Oh, Dios mío! ¡Lo siento mucho! –declaró Alana, avergonzada.

–No te preocupes…

Alana le quitó al niño mientras Alejandro le daba unos pañuelos para que se limpiara la camisa.

–Cariño, ¿por qué no traes una camisa limpia a tu hermano?

–Sí, seguro que encuentro algo que le sirva.

Emilio siguió a Alejandro hasta el dormitorio principal, donde su hermano le dio una camiseta limpia.

–Tengo que preguntarte una cosa, Alejandro.

–Dispara.

–¿Qué sabes del padre de Isabelle?

Alejandro frunció el ceño.

–¿Por qué lo preguntas?

–Porque sé muy poco de él.

–Pues tenía problemas con el juego.

–¿En serio?

–Y lo denunciaron varias veces.

–¿Por qué?

–Por maltrato.

Esta vez fue Emilio quien frunció el ceño.

–¿Estás seguro de eso?

–Completamente. Pero debía de tener amigos en las altas esferas, porque logró que se mantuviera en secreto.

–Por lo visto, era todo un canalla…

Emilio se quitó la camisa y se empezó a poner la camiseta.

–Y hay algo más. Sospechas de abusos infantiles.

Emilio pensó en Izzy inmediatamente y se quedó helado.

–¿Sospechas?

–Sí, solo sospechas. Nadie lo llegó a denunciar.

Pero me ha parecido que debías saberlo.

–¿No podrías investigarlo?

–Podría. Si fuera relevante para mi caso.

–¿Estás sugiriendo que lo investigue por yo?

Alejandro se encogió de hombros.

–Yo no te puedo sugerir nada; sería conflicto de intereses… Pero si estuviera en tu lugar, intentaría encontrar los informes médicos.

–Pero no entiendo de qué te serviría a ti. Lo que a Isabelle le pasara con su padre no tiene nada que ver con la acusación de la fiscalía.

–No puedo decir nada más, Emilio.

–Oh, venga ya…

Alejandro suspiró.

–Está bien. Aunque eso no tenga nada que ver, podría ser relevante para

su defensa.

–¿Su defensa? ¿Qué defensa? Tenía entendido que se iba a declarar culpable para conseguir una pena menor…

–Cierto. Se lo aconsejó su abogado. Pero ya te he dicho que su abogado no está haciendo un gran trabajo con ella.

Emilio asintió. Si Alejandro quería que lo investigara, lo investigaría.

–De acuerdo. Veré lo que puedo hacer.

–Si descubres algo interesante, dímelo.

Los dos hermanos volvieron a la fiesta, pero Emilio no podía dejar de pensar en las palabras de Alejandro. Una hora después, se acercó a Estefan y dijo:

–¿Nos vamos?

–Creo que me voy a quedar aquí esta noche. Así podré conocer mejor a mis sobrinos…

Emilio miró a Alejandro, que asintió.

Tras las despedidas oportunas, Emilio se subió al coche y se dirigió a su casa.

Salió del Ferrari y decidió echar un vistazo al arañazo de la carrocería del sedán. Tenía pintura amarilla.

Quiso saber dónde le había pasado. Había una forma sencilla de saberlo: comprobar la memoria del sistema automático de navegación.

Cuando ya había averiguado lo que quería, entro en la cocina de la casa.

En la encimera, había una botella de vino vacía; y en la pila, una cacerola, un plato sucio y un tenedor.

Definitivamente, Isabelle no había ido a ver a su madre. Había pasado sola el día de Acción de Gracias.

Capítulo Once

Isabelle no estaba en su dormitorio, así que Emilio decidió ir a buscarla.

La encontró frente a la televisión, acurrucada en el sofá con un pijama y absolutamente dormida. En la mesa vio otra botella de vino, esta vez medio vacía, y varios pañuelos húmedos, como si hubiera estado llorando.

Se acercó a ella y la sacudió suavemente.

–Isabelle… Despierta, Isabelle.

Ella abrió los ojos y parpadeó. Parecía borracha.

–Ya estás en casa… –dijo.

–Sí, ya estoy en casa.

Isabelle sonrió y se volvió a quedar dormida.

Emilio suspiró.

Se inclinó sobre el sofá, la tomó en brazos y se la llevó.

Ella entreabrió los ojos.

–¿Adónde vamos?

–A tu cama.

–Ah, muy bien…

Isabelle cerró los ojos de nuevo y apoyó la cabeza en el hombro de Emilio, que siguió andando. Pero entonces, por algún motivo, le pareció que dejarla en el dormitorio de la criada, tan lejos de las habitaciones principales, era terriblemente injusto. Y en lugar de llevarla a su dormitorio, cambió de dirección y la tumbó en la cama de la habitación vacía que se encontraba junto a la suya.

Isabelle se despertó de inmediato.

–¿Dónde estoy? –preguntó, confusa.

–En la habitación de invitados. Me ha parecido que aquí estarías más cómoda.

Ella gimió.

–Dios mío… he bebido demasiado.

–Lo sé.

Isabelle se puso de lado y se abrazó a la almohada.

–No suelo beber, pero hoy tenía que tomar algo.

–¿Por qué?

–Porque estaba sola.

–¿Por qué no has ido a ver tu madre?

Ella suspiró.

–Porque iba a estar con Ben y sus amigos.

Emilio no sabía quién era Ben, pero supuso que sería un novio.

–¿Y no la podías acompañar?

–No… tiene que conocer gente nueva y hacer nuevos amigos. Así no se sentirá tan mal cuando yo no esté.

Se sentó en la cama y preguntó:

–¿Por qué no me dijiste la verdad sobre el coche?

–No te entiendo…

–No me dijiste quién hizo el arañazo.

–Por supuesto que sí. Lo hice yo.

Emilio sacudió la cabeza.

–He comprobado el historial de navegación del GPS. Dudo que te dediques a visitar las zonas más degradadas de la ciudad, de modo que solo hay una conclusión lógica… no fuiste tú; fue mi hermano.

Ella se encogió de hombros.

–¿Qué querías que hiciera? Sois hermanos. No puedo entrometerme en vuestros asuntos –alegó.

–Tienes razón, somos hermanos. Y en consecuencia, soy perfectamente consciente de lo que Estefan es capaz de hacer… Pero dime, ¿hay algo más? ¿Algo que yo debería saber?

Ella se mordió el labio.

–Isabelle…

–Ha estado bebiendo.

–Maldita sea… ¿Mucho?

–Bastante. Empieza a beber cuanto tú te vas y no lo deja hasta que vuelves –contestó–. Lo siento, Emilio.

Isabelle lo tomó de la mano.

–No lo sientas. Estefan me ha decepcionado, pero no es ninguna sorpresa.

–Aun así, es terrible que la gente cercana te decepcione…

Emilio guardó silencio.

–Tengo que confesarte algo –continuó ella.

–¿Algo de Estefan?

–No.

–¿Entonces?

–Quemé tu camisa a propósito.

Lejos de enfadarse, Emilio soltó una carcajada.

–¿Por qué?

–Porque estaba muy enfadada contigo. Porque le dijiste a Estefan que yo era virgen.

Emilio se quedó atónito.

–Yo no le dije nada, Isabelle… nunca le he dicho nada de nosotros.

–En ese caso, ¿cómo es posible que lo supiera? Ayer me hizo un comentario al respecto –comentó.

–Estaba en la cocina cuando salió de la habitación. Puede que nos oyera.

–Eso no es posible. No estábamos hablando tan alto –observó Isabelle.

Emilio se dijo que tenía razón. No estaban hablando tan alto. Evidentemente, su hermano se había acercado a la puerta del dormitorio para escuchar.

–Oh, no… –continuó ella, que acababa de llegar a la misma conclusión.

–Esta noche se ha quedado a dormir en casa de Alejandro; pero mañana, cuando vuelva, lo pondré de patitas en la calle.

–No te ofendas, pero Estefan siempre me ha dado miedo… desde que era un niño. No me gusta cómo me mira.

Emilio prefirió no decirle que su hermano había estado enamorado de ella. De hecho, se había enfadado mucho cuando descubrió que Isabelle y él habían empezado a salir. Le acusó de robarle a la novia.

–¿Emilio?

–¿Sí?

Isabelle le apretó la mano y declaró, de repente:

–No me casé con Lenny por su dinero; no te abandoné por ese motivo. Sé que piensas cosas terribles de mí, pero no quiero que pienses eso.

–No pienso cosas terribles de ti. Sinceramente, quería pensarlas; pero

me lo has puesto muy difícil… me gustas demasiado.

–No. No quiero gustarte.

–¿Por qué?

–Porque me van a condenar a prisión y no quiero hacerte daño otra vez –respondió, mirándolo a los ojos–. Prefiero que me odies.

–¿Como tú me odias a mí?

Ella sacudió la cabeza.

–Yo no te odio. Te amo –contestó de sopetón, como si fuera lo más natural y evidente del mundo–. Siempre te he amado. Pero no podemos estar juntos. No sería justo.

Emilio no supo qué decir. Se había equivocado terriblemente al pensar que era una mujer arrogante y sin sentimientos; seguía siendo jovencita dulce de quien se había enamorado quince años antes.

La miró y quiso preguntar por qué lo había abandonado. No lo entendía. Siempre había creído que lo había hecho por el dinero de Lenny. Pero sabía que se negaría a darle una respuesta, de modo que decidió esperar; con un poco de suerte, los informes médicos que interesaban a Alejandro arrojarían luz sobre el asunto.

Sin embargo, había otro asunto sobre el que tal vez se mostrara más dispuesta a hablar. Un asunto muy diferente.

–¿Cómo es posible que tu madre terminara acusada de fraude?

–Cuando mi padre murió, mi madre sabía muy poco de finanzas. Ni siquiera era consciente del valor de sus propiedades, que resultó menor de lo que había supuesto. Mi padre había contraído tantas deudas que, cuando se pagaron, le quedó muy poco dinero… Lenny le ofreció que dirigiera una sección de su empresa. Formalmente, claro, porque él se encargaría de hacer el trabajo. Pero así, ella se quedaría con parte de los beneficios.

–Y las cosas salieron mal.

Isabelle asintió.

–En efecto. Mi madre está acusada por mi culpa.

Él la miró con extrañeza.

–¿Por tu culpa? ¿Por qué dices que es culpa tuya?

–Porque insistí en que aceptara la oferta de Lenny. Yo confiaba en él.

–¿Y ella te lo ha echado en cara?

Isabelle sacudió la cabeza.

–Por supuesto que no. Si mi madre supiera que estoy dispuesta a declararme culpable a cambio de que la dejen en libertad, me lo impediría. Pero mi abogado afirma que es la única solución. Y ella ya ha sufrido

bastante.

Emilio sintió lástima de la madre de Isabelle. Adriana siempre había sido amable con su familia y, si efectivamente era inocente de los cargos que se habían presentado contra ella, deseaba que saliera con bien del proceso.

–Tengo tanto sueño… –añadió bostezando.

Emilio le dedicó una sonrisa.

–Y tendrás una buena resaca cuando despiertes por la mañana.

–Sí, es posible.

–Anda, hazme sitio.

Ella lo miró con sorpresa.

–¿Para qué?

–Para que me pueda tumbar a tu lado.

–Pero…

–No hay peros que valgan. Duérmete.

Emilio se empezó a desabrochar la camisa. Iban a hacer lo que todavía no habían hecho hasta entonces: dormir juntos una noche entera.

Porque borracha o no, no podía permitir que Isabelle pasara lo que quedaba del día de Acción de Gracias en soledad.

Isabelle despertó en mitad de la noche y descubrió que no estaba en su cama y que tenía la cabeza apoyada en el hombro de Emilio.

Tardó unos segundos en recordar. Consideró la posibilidad de levantarse y de irse a su habitación; pero antes de que pudiera decidirse, se volvió a quedar dormida.

Cuando se despertó de nuevo, Emilio había desaparecido y ella tenía dolor de cabeza.

Salió de la cama a duras penas, salió de la habitación y caminó despacio hasta llegar a la cocina. Emilio se había vestido para ir al trabajo y estaba sentado en uno de los taburetes, desayunando cereales.

Al oír sus pasos, se giró, la miró y frunció el ceño.

Isabelle pensó que debía de tener un aspecto lamentable; lo cual no era extraño, porque se sentía fatal.

–Buenos días –dijo él.

–¿Buenos? Pégame un tiro y acaba con mi dolor…

Él sonrió.

–Quizás prefieras un café y un analgésico. ¿Por qué te has levantado tan pronto? –preguntó Emilio.

–Porque es mi obligación. Tengo que trabajar.

–No, hoy no.

Él le quitó la taza, la dejó en la pila y, acto seguido, la agarró de los hombros y la llevó hacia las escaleras.

–¿Qué estás haciendo?

–Llevarte a la cama.

–Pero la casa…

–La casa puede esperar.

Al llegar al dormitorio de invitados, la metió en la cama.

–Duerme y no te levantes hasta que te sientas mejor.

–No, no, yo…

–Prométemelo –la interrumpió.

–Está bien, te lo prometo.

Emilio le dio un beso en la frente y se marchó. Isabelle se quedó dormida enseguida y despertó hacia las doce, bajo la luz del sol que se filtraba a través de las cortinas. Se sentía mucho mejor.

Tras una taza de café, una tostada y otro analgésico, se duchó, se puso el uniforme y empezó a trabajar. Ya no tenía tiempo de hacer todas las tareas de la casa, pero quería hacer tanto como pudiera.

Estaba limpiando las superficies de mármol del vestíbulo cuando Estefan apareció. Tenía tan mal aspecto como ella misma por la mañana.

–¿Una mala noche?

Él le dedicó una sonrisa burlona y se alejó en dirección a la cocina.

Isabelle oyó que abría el frigorífico y que sacaba una botella de cerveza. Por lo visto, era de los que creían que una resaca se quitaba con más alcohol.

Siguió limpiando y, tuvo la sensación inquietante de que alguien la observaba.

Por supuesto, era Estefan.

–¿Necesitas algo?

–¿Cómo has sabido que estaba aquí? –quiso saber–. ¿Es que tienes ojos en la nuca?

Isabelle lo miró.

–¿Has venido a recoger tus cosas?

Estefan frunció el ceño.

–¿Por qué dices eso?

Isabelle había supuesto que Emilio ya habría hablado con Estefan; pero por su reacción, era evidente que no.

–¿Qué le has dicho a mi hermano? –continuó.

–Nada que no supiera ya.

–¿Le has dicho lo del coche?

–No ha sido necesario –respondió al instante–. Comprobó el historial de navegación del GPS… sabe que fuiste tú.

–Maldita sea… –dijo en voz baja–. En fin, no pasa nada. Lo arreglaré.

Isabelle sabía que no debía decir más, pero estaba tan crecida que cometió el error de tentar a la suerte.

–También sabe que has estado bebiendo. Y que la otra noche te acercaste a mi dormitorio para oír nuestra conversación.

Él le lanzó una mirada llena de veneno, inclinó la cerveza y derramó todo el contenido en el suelo que Isabelle acababa de fregar.

Después, le dio la espalda y desapareció escaleras arriba.

Isabelle limpió la cerveza y volvió a dar brillo al suelo. Cuando terminó, limpió todos los cuartos de baño y muchas de las superficies de metal.

Al entrar en el salón para seguir con su trabajo, vio que Estefan estaba sentado en el sofá, con los pies en la mesita.

Se estaba tomando un tequila. Sin vaso, directamente de la botella.

–Te parece muy divertido, ¿verdad?

–No sé de qué me hablas.

–Lo sabes perfectamente. Te parece divertido que yo me marche y que tú te quedes. Que una vez más, tú le importes a Emilio más que yo.

–Pero, ¿qué estás diciendo, Estefan? No le has dejado elección…

–¿Y tú qué sabes? Emilio y yo somos hermanos. Debería apoyarme en cualquier circunstancia –bramó–. Todo esto es culpa tuya.

–¿Culpa mía?

Isabelle sacudió la cabeza. Había conocido a varias personas como Estefan y sabía que nunca asumían sus propias responsabilidades. Preferían culpar a los demás.

–Yo estaba enamorado de ti, ¿sabes?

Ella no dijo nada.

–Habría hecho cualquier cosa por ti –insistió–. Pero mi hermano se interpuso en el camino y te sedujo.

Isabelle lo miró desconcertada.

Al parecer, se había convencido de que Emilio le había robado la novia. Y no podía estar más equivocado.

Aunque Emilio no hubiera existido, jamás se habría sentido atraída por

un hombre como él.

–¿Sabes una cosa? Estoy cansado de ser el segundo plato. Ya es hora de que tome lo que es mío.

Se levantó y caminó hacia ella.

Sus intenciones eran tan obvias que el instinto de Isabelle reaccionó al instante.

Debía huir.

En cuanto llegó a la oficina, Emilio llamó a la empresa que la Western Oil había contratado para investigar la explosión en la refinería. Pero no los llamó porque quisiera saber más al respecto, sino para encargarles que buscaran el historial médico de Isabelle.

–Los informes médicos son confidenciales –afirmó el detective.

–¿Insinúa que no los puede conseguir?

–Ni mucho menos. Los puedo conseguir, pero debe saber que no podrá utilizarlos ante un tribunal.

–No es mi intención.

–Deme el nombre.

–Isabelle Winthrop.

–¿Winthrop? ¿Se refiere a la mujer acusada por fraude?

–En efecto.

–Está bien… espere un momento. Voy a apuntar su nombre.

Mientras el detective tomaba nota, Emilio preguntó:

–¿Cuánto tiempo tardará?

–Eso depende. Hablaré con mis contactos y le llamaré por teléfono dentro de un par de horas –contestó.

Dos horas después, el teléfono seguía en silencio. Emilio se empezó a impacientar, pero guardó la calma, se tomó un sándwich en el despacho e intentó trabajar un poco. A las tres en punto, harto de esperar, decidió llamar al detective. Justo entonces, sonó el intercomunicador.

–Blair te quiere ver en su despacho –dijo su secretaria. Ha dicho que quiere verte de inmediato.

Emilio suspiró.

–Está bien…

Cuando llegó al despacho de Adam, lo encontró de espaldas a la puerta, mirando por la ventana.

–¿Querías verme?

Adam no se giró.

–Cierra la puerta y siéntate.

Emilio cerró la puerta y se sentó, aunque habría preferido permanecer de pie. El recibimiento de su jefe había sido tan frío que sospechó al instante.

–¿Ocurre algo, Adam?

–Esto no te va a gustar, Emilio. Obviamente, desconocías que la empresa de investigación tiene órdenes concretas de reenviarme cualquier comunicación o información que parta de la Western Oil. Es una simple medida de seguridad.

Adam se apartó de la ventana, recogió un sobre que estaba sobre la mesa y se lo dio.

–Me acaban de enviar esto. Y lleva tu nombre.

Emilio miró el sobre.

–¿Lo has abierto?

–Por supuesto que sí. No tenía más remedio. Cabía la posibilidad de que estuvieras involucrado en el accidente de la refinería y de que intentaras sabotear de algún modo la investigación –respondió su jefe.

A Emilio le dolió que Adam hubiera desconfiado de él. Pero sabía que había hecho lo correcto. De haber sido él, habría tomado la misma decisión.

–¿Quieres hacerme el favor de explicarme por qué necesitas el historial médico de Isabelle Winthrop?

–Preferiría no tener que hacerlo.

Adam suspiró.

–Es algo personal, Adam.

–¿Personal? ¿Hasta qué punto?

–Es que… necesitaba saber algo.

–¿Necesitabas saber si alguien la ha estado utilizando como saco de boxeo?

A Emilio se le hizo un nudo en la garganta. Esperaba que el comentario de Adam hubiera sido una exageración.

Pero desgraciadamente, no era una exageración.

Según el informe, Isabelle había sufrido malos tratos desde su infancia. La primera vez que terminó en el hospital fue por un hombro dislocado, cuando tenía tres años de edad; después, a lo largo de los años, había sufrido contusiones, rotura de costillas y hasta un golpe tan fuerte en la cabeza que permaneció ingresada una semana entera.

Mientras Emilio pasaba las páginas del informe, se preguntó qué otras cosas le habrían hecho. Cosas que no aparecían en el historial oficial

porque su familia habría pagado a un médico privado para que solucionara el asunto en secreto.

Pero lo que más le afectó fue una nota del hospital referente a un suceso acaecido quince años atrás. Emilio reconoció la fecha de inmediato: cuatro días antes de que él abriera el periódico y viera la noticia del matrimonio de Isabelle Winthrop con Leonard Betts. Según el informe médico, Isabelle había estado en urgencias por haber sufrido una fractura tras caerse, supuestamente, en el campus de la universidad.

–Maldito cerdo…

–¿Qué está pasando, Emilio?

–Mi hermano cree que Isabelle Winthrop puede ser inocente de los cargos –le explicó.

Adam soltó un taco y sacudió la cabeza.

–Necesita mi ayuda. Ahora es más evidente que nunca.

–Adam… el hecho de que sufriera malos tratos no significa que no sea culpable de fraude –le recordó.

–Si la conocieras como yo la conozco, sabrías que es incapaz de robar.

–Pareces muy seguro.

–Lo estoy.

–Pero ya sabes lo que va a pasar si la prensa se entera…

–No llegarán a saberlo.

–¿Y si lo descubren? ¿Estás dispuesto a arriesgar tu reputación y tu futuro profesional por una mujer?

Sí, estaba dispuesto. De hecho, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de demostrar la inocencia de Isabelle.

–Si la prensa lo descubre, asumiré la responsabilidad de mis actos. No te preocupes, Adam; no afectará a la Western Oil.

–Vaya… se nota que quieres mucho a esa mujer.

–La adoro.

Emilio había sido sincero con Adam. Pero eso no le importaba tanto como el hecho de que, quince años antes, había fallado a Isabelle. De la peor forma posible.

Y no iba a repetir el mismo error.

Capítulo Doce

Emilio salió pronto del trabajo y llegó a casa antes de tiempo. Acababa de abrir la puerta cuando oyó golpes y gritos.

Dejó el maletín en el suelo y corrió hacia el origen del estrépito. Estefan estaba aporreando la puerta de su despacho.

–¡Déjame entrar, furcia!

–¿Qué diablos está pasando aquí?

Estefan se giró y miró a su hermano con rabia.

–¡Mira lo que me ha hecho!

Emilio lo miró. Tenía arañazos en la cara.

–¿Isabelle te ha hecho eso? ¿Qué ha ocurrido?

–Nada. Me ha atacado sin más.

–Apártate. Quiero hablar con ella –dijo–. Espérame en el salón.

–Pero…

–En el salón –ordenó.

–De acuerdo.

Cuando Estefan se fue, Emilio llamó a la puerta con suavidad.

–Isabelle, soy yo. Déjame entrar.

Isabelle abrió de inmediato y se arrojó a sus brazos, temblando. Emilio la apartó para mirarla mejor y vio que tenía el vestido desgarrado.

–¿Te encuentras bien?

–Ha dicho que iba a tomar lo que era suyo… –declaró con nerviosismo–. Había vuelto a beber…

–Maldito canalla…

–Le dije que le ibas a echar de la casa y se enfadó mucho.

–Sube a mi habitación, cierra la puerta por dentro y espérame allí. Voy a tener unas palabras con mi hermano. ¿Entendido?

Ella asintió y siguió sus órdenes. Segundos después, Emilio entró en el salón.

–¿Qué demonios has hecho, Estefan?

–¿Yo? ¡Mira cómo me ha dejado la cara!

–Se ha limitado a defenderse.

–¡Miente! ¡Esa mujer es una mentirosa! Tendrías que haber visto lo que ha pasado… lleva días detrás de mí, intentando seducirme. ¡Es una cualquiera!

Emilio apretó los dientes, se acercó y le pegó un puñetazo. No fue especialmente fuerte, pero Estefan se tuvo que agarrar al sofá para no caer al suelo.

Obviamente, estaba borracho.

–¿Qué te pasa, Emilio?

–¿Cómo te atreves a preguntar eso? ¡Has intentado violar a Isabelle!

Estefan soltó una carcajada.

–Si la querías para ti solo, haberlo dicho.

Esta vez, el puñetazo de Emilio no fue tan suave. Le impactó en la mandíbula y lo derribó.

–Recoge tus cosas y márchate.

–¿Prefieres a esa furcia antes que a mí, a tu propio hermano?

–Isabelle tiene más integridad en un solo dedo que tú en todo tu cuerpo y en todos los miserables días de tu vida.

Estefan se levantó del suelo y lo miró con ira.

–Te arrepentirás de eso, Emilio.

–De lo único que me arrepiento es de haber confiado en ti.

–Te está utilizando. Como antes.

–No sabes lo que dices, Estefan.

–Tal vez… pero sé que su padre no se alegró mucho cuando le conté que estabas saliendo con ella –contraatacó.

–¿Cómo? ¿Fuiste tú quien se lo dijo?

–Deberías darme las gracias. No eras suficientemente bueno para ella.

–Estúpido… condenado idiota… –declaró, intentando refrenarse–. No sabes lo que hiciste.

–Te salvé, hermano.

Emilio sintió el deseo de volverle a pegar, pero respiró hondo y se

tranquilizó.

–Recoge tus cosas y vete. Por lo que a mí respecta, ya no somos hermanos.

Mientras su hermano hacía las maletas, él pidió un taxi. Estefan estaba demasiado borracho para conducir, aunque protestó cuando Emilio le quitó las llaves de la moto.

–Llámame y dime dónde estás. Haré que te lleven la moto.

A regañadientes, Estefan subió al taxi y se fue.

Emilio se quedó unos momentos en la puerta de la casa y subió a su dormitorio. Isabelle estaba sentada en la cama.

–Se ha ido. Y no volverá.

Ella suspiró.

–Lo siento mucho. Si hubiera sospechado que Estefan iba a hacer algo así, jamás habría permitido que se quedara en mi casa. Ni te habría dejado a solas con él.

–No sé, Emilio… puede que haya reaccionado así porque estuvo enamorado de mí.

–Eso no es una excusa. No quiero ni pensar lo que habría ocurrido si no hubiera llegado a casa antes de tiempo.

–Y ahora se lo va a contar a todo el mundo, ¿verdad? Les va a decir que estoy contigo.

–Eso me temo.

–Bueno, si me voy ahora, nos evitaremos problemas mayores. Solo tendrás que negar sus acusaciones. Y yo haré lo mismo.

–No, nada de eso. Tú no vas a ninguna parte.

–Pero…

–Me da igual que sepan que estás aquí.

–¿Por qué? –preguntó, perpleja.

–Porque eres inocente.

–¿Cómo lo sabes?

Emilio se encogió de hombros.

–Lo sé –se limitó a decir–. Pero dejemos ese asunto para otro momento; tenemos que hablar de algo más importante.

Isabelle frunció el ceño.

–¿Qué hizo tu padre cuando supo que estabas saliendo conmigo?

–¿Cómo sabes que se lo dijeron?

–Esa pregunta no es tan relevante como quién se lo dijo. Fue Estefan.

Isabelle soltó un grito ahogado.

–Lo hizo para vengarse de mí. Estaba celoso.

–Ahora lo entiendo… siempre quise saber quién se lo había contado a mi padre.

–¿Por eso lo hizo?

–¿De qué estás hablando? –preguntó con desconcierto.

Emilio abrió el maletín, que había recogido del vestíbulo antes de subir al dormitorio, y le dio el historial médico. Isabelle bajó la cabeza, deprimida.

–¿Por qué no me habías dicho nada, Izzy? ¿Por qué no me lo dijiste?

Ella se encogió de hombros y dejó el historial sobre la cama.

–Porque no habría servido de nada. Nadie nos podía ayudar, Emilio.

–No te entiendo…

–Olvídalo, Emilio. Mi padre era un hombre terrible.

–Sé que no quieres hablar de eso, pero tengo que saberlo. ¿Por qué me abandonaste? ¿Por qué te marchaste con Betts?

–Porque era la única forma de salvarla.

–¿A quién?

–A mi madre. Cuando mi padre descubrió lo nuestro, me castigó. Al terminar, me ordenó que no te volviera a ver y me desheredó… Yo estaba tan enfadada que le dije que no me importaba en absoluto, que no quería su dinero y que no quería volver a verlo. Le dije que me casaría contigo, que mi madre se vendría a vivir con nosotros y que no podía hacer nada por impedirlo.

Isabelle respiró hondo y siguió hablando.

–Él dijo que si me casaba contigo, mi madre sufriría un terrible accidente. Y créeme, mi padre no bromeaba con estas cosas… la habría matado –afirmó–. De hecho, le dio una paliza tan grande que no pudo salir de la cama durante una semana.

Emilio se sintió enfermo.

–¿Te obligó a casarte con Betts?

–No exactamente. En general, mi padre sabía cómo ocultar las marcas de una paliza; pero esta vez ni siquiera lo intentó. Por simple casualidad, Lenny pasó por casa, vio el estado en el que nos encontrábamos mi madre y yo y se quedó horrorizado… Quiso llamar a la policía, pero mi madre se opuso.

–¿Por qué? Habría sido la mejor solución.

–Porque ella ya lo había intentado y no había servido de nada. Mi padre

era un hombre poderoso, con muchos contactos. Las denuncias terminaban inevitablemente en la papelera.

–Comprendo.

–Lenny pensó que, si no podía ayudar a mi madre, al menos podía sacarme de allí. Habló con mi padre y pactó un matrimonio conmigo.

–¿Un matrimonio entre una chica de diecinueve años y un hombre de casi cincuenta?

–Mi padre lo vio como una oportunidad económica. Tenía deudas. Lenny le prometió que le ayudaría.

–En otras palabras, te vendió.

Isabelle se encogió de hombros.

–Más o menos.

–Si me lo hubieras dicho, os habría salvado a tu madre y a ti. Habría matado a tu padre. Te aseguro que lo habría matado. Lo siento. De haber sabido lo que pasaba…

–No, soy yo quien lo siente. Te hice mucho daño.

Isabelle le acarició la cara y añadió:

–No ha pasado un día sin que pensara en ti, sin desear que nos hubiéramos casado y hubiéramos huido juntos… Puede que a estas alturas te parezca una estupidez, pero no dejé de amarte. De hecho, sigo enamorada de ti.

–Isabelle…

Ella le puso un dedo en los labios.

–No digas nada. Ya hemos hablado demasiado.

De repente, Isabelle pasó los brazos alrededor del cuello de Emilio y le besó. Y le siguió besando hasta que todo lo demás dejó de existir, hasta que solo importó el minuto en el que vivían, el presente. Además, sabía que las cosas serían diferentes esta vez. Emilio la cuidaría y la protegería.

Luego, se desnudaron sin prisa y se tumbaron en la cama.

–Me alegra que ya no seas tan tímida –dijo él con suavidad.

–Es que ya no tengo que ocultar mis marcas.

–¿Por eso apagabas la luz? ¿Para que no las viera?

Ella asintió.

–Quería que me vieras desnuda, pero sabía que me habrías preguntado por ellas.

–Isabelle, si yo…

–Olvida el pasado, Emilio –lo interrumpió–. Quiero vivir el presente… quiero hacer el amor contigo. Lo demás no importa.

Isabelle se dijo que era la mejor idea que había tenido en todo el día.

Capítulo Trece

Esta vez, Isabelle no estuvo nerviosa. Ya no tenía nada que ocultar. Emilio conocía sus secretos y ella se podía relajar y entregarse sin temores. Hasta entonces, no había sido realmente consciente del peso que llevaba sobre sus hombros. Y cuando Emilio la tomó entre sus brazos y la besó de nuevo, Isabelle supo que volvía a ser el hombre que había sido; un hombre dulce, encantador y cariñoso.

Irónicamente, su dulzura era lo último que deseaba en ese momento. Quería experimentar; quería dejarse llevar y hacer cosas excitantes. Había mil formas distintas de hacer el amor y las quería probar todas.

–Emilio, te aseguro que no me voy a romper.

Él frunció el ceño.

–Es que no quiero hacerte daño. Y después de lo que ha pasado hoy… si quieres esperar, esperaremos.

Ella sacudió la cabeza.

–Si con lo de hacerme daño te refieres a lo que pasó el martes por la noche, te equivocas. No me hiciste daño.

–¿No?

Isabelle reconoció:

–Bueno, puede que un poco… pero era inevitable –le recordó–. Y después, fue maravilloso.

–Sin embargo, lo de hoy…

–Lo de hoy no importa, Emilio. Aunque tu hermano me ha dado un buen susto, eso no tiene nada que ver con nosotros.

–Eso no, pero yo sí. Me he portado mal contigo durante estas semanas. Y no lo merecías.

–¿Tengo que recordarte lo de la alfombra, lo de los platos rotos, lo de tu ropa teñida de rosa y lo de tu camisa?

Emilio suspiró y se sentó en la cama.

–No sé… puede que me sienta mal porque crea que no merezco tu perdón.

Isabelle se incorporó y se sentó a su lado.

–En ese caso, perdónate a ti mismo. Tienes que perdonarte. Y hazme caso, porque sé de lo que hablo… Si no me hubiera perdonado a mí misma, si no hubiera hecho las paces en mi mente con Lenny y con mi padre, habría terminado en un psiquiátrico.

–Pero, ¿cómo? ¿Cómo se hace?

Ella se encogió de hombros.

–Simplemente, se hace.

–Estoy tan enfadado, Izzy…

–¿Contigo?

–Conmigo y con tu padre. Por lo que te hicimos, por lo que te quitamos, por lo que podría haber sido y no fue. Si las cosas hubieran sido de otro modo, ahora estaríamos casados y tendríamos hijos… Estoy enfadado con todo el mundo.

–Pues olvídalo.

–No puedo.

–Claro que puedes.

Súbitamente, Isabelle extendió un brazo y le pegó un pellizco en un pezón.

–¡Ay!

–¿Te ha dolido?

–Sí, claro que me ha dolido…

–Excelente.

Isabelle llevó la mano al otro lado de su pecho y le pellizcó el otro pezón.

–Para, no sigas…

–Oblígame a parar.

Ella lo tumbó y se puso a horcajadas sobre él. Cuando intentó pellizcarlo de nuevo, Emilio reaccionó y la agarró de las muñecas. Isabelle se intentó liberar con tanta fuerza que casi se hizo daño, pero no le importó. Era justo lo que pretendía. Necesitaba demostrarle que no era una florecilla

frágil, que no la debía proteger, que su deseo y sus necesidades eran tan intensas y tan fuertes como las suyas.

Como no podía pellizcarlo, se inclinó y le pegó un bocado en el hombro.

–¿Se puede saber qué haces, Isabelle?

–¿Estás enfadado?

–Por supuesto que lo estoy.

–Bien…

Isabelle se inclinó de nuevo para pegarle otro mordisco. Pero Emilio ya había tenido suficiente; se la quitó de encima, la tumbó en la cama y se puso sobre ella.

–Izzie…

Isabelle cerró las piernas alrededor de su cintura e intentó alcanzar sus pezones para lamerlos. Sin embargo, Emilio tenía todas las de ganar; se le adelantó y le succionó un pezón con tanta fuerza que ella gimió de placer.

–Oh, sí…

Por fin lo había conseguido. Emilio había perdido el control y empezaba a hacer locuras.

La besó con más pasión que nunca, sin contemplaciones. Luego empezó a bajar, lamiéndole todo el cuerpo y le soltó las muñecas para poder agarrarle los muslos, echárselos hacia atrás y empezar a lamer.

Isabelle ardía en deseos de que la penetrara; pero evidentemente, él tenía otras intenciones.

En los viejos tiempos, habían practicado muchas veces el sexo oral.

Emilio no lamía; la devoraba.

Desesperada, Isabelle cerró las manos sobre su cabello mientras él lamía y le introducía un dedo, dos dedos y, por último, tres.

Cuando ya no podía soportarlo más, él le separó las piernas y la penetró. Isabelle estaba tan cerca del orgasmo que lo alcanzó en cuestión de segundos. Sin embargo, esta vez no fue como las otras; esta vez fue un orgasmo diferente, más profundo, como si procediera del fondo de su alma.

Y estaba tan perdida en su propio placer que no dio cuenta de que él también había llegado al clímax.

–Guau… –dijo Emilio, jadeando.

–¿Sigues enfadado conmigo?

Él rompió a reír.

–En absoluto. A decir verdad, nunca había estado más relajado.

Ella sonrió y se acurrucó contra él.

–Magnífico.

–¿Te he hecho daño?

–¿Bromeas? Ha sido perfecto, ha sido…

Isabelle no terminó la frase. Se había dado cuenta de algo terrible.

–Oh, no… no te has puesto un preservativo…

–Lo sé.

Ella lo miró con asombro.

–¿Que lo sabes? ¿Lo has hecho a propósito?

–No exactamente. Me he dado cuenta cuando estaba dentro de ti, pero no he querido parar.

–Podría quedarme embarazada…

–Por supuesto.

–¿En qué diablos estabas pensando? –estalló, indignada con él–. ¡No puedo quedarme embarazada! ¡Voy a ir a prisión!

–Tú no vas a ir a prisión.

–Emilio…

–No vas a ir a prisión –insistió él–. Pero olvida ese asunto durante unos minutos y deja que te haga una pregunta.

–Adelante.

–¿Cómo es posible que no te acostaras nunca con tu esposo?

Isabelle suspiró y decidió decirle la verdad.

–Lenny era impotente, Emilio.

–¿Y por qué seguiste con él? Podrías haberte divorciado cuando tu padre falleció.

–¿Para qué? El único hombre que me importaba eras tú y no tenía ninguna posibilidad de volver contigo –declaró Isabelle–. Habría sido absurdo. Hasta esto lo es, porque sabes perfectamente que voy a terminar en prisión.

–De ninguna manera; esta vez no voy a permitir que te alejen de mí. Las cosas van a cambiar. Empezando por las más sencillas.

–¿Las más sencillas?

–Llamaré a mi ama de llaves y le pediré que vuelva. Y por supuesto, si quieres, te mudarás a mi habitación.

–Claro que quiero…

Justo entonces, sonó el teléfono. Emilio no habría contestado, pero ella se le adelantó y le pasó el auricular. Era su madre. Estefan había hablado con ella y estaba muy enfadada.

–Ahora no puedo hablar, mamá –dijo tras unos minutos de discusión–.

¿Qué te parece si paso por casa y hablamos cara a cara?

Su madre aceptó el ofrecimiento y Emilio colgó el teléfono.

–Lo siento, Izzy. Pero no te preocupes, no tardaré mucho.

–Tómate todo el tiempo que necesites. De hecho, creo que yo también iré a hablar con mi madre. No quiero que se entere de lo nuestro por otras personas.

Capítulo Catorce

Emilio encontró a su madre en la cocina, siempre cocinaba cuando estaba triste o de mal humor.

–¿Qué estás haciendo?

–Churros con mucha canela, como te gustan. Pero siéntate; te serviré algo de beber.

Emilio se sentó y ella le sirvió un té helado.

–Supongo que ya has visto la cara de tu hermano. Estefan dice que ella le atacó sin motivo.

–¿Sin motivo? Me temo que un intento de violación es motivo más que suficiente.

Su madre lo miró con horror.

–¡Emilio! Estefan no sería capaz de hacer algo así. Nunca ha sido violento con las mujeres.

–Te equivocas, mamá. Estefan tiene problemas. Necesita ayuda.

–Eso ya lo sé… Me ha dicho que le están buscando unos criminales y me ha pedido que le dejara quedarse en casa. Me he negado.

–Bien hecho. Tiene que aprender a cuidar de sí mismo. Tiene que cambiar.

–¿Es cierto que le has dicho que ya no sois hermanos? No lo dirías en serio…

–Lo he dicho completamente en serio. Ha hecho daño a la mujer que amo.

–¿Cómo puedes amarla después de lo que te hizo? Te abandonó por un

hombre rico. Solo le importaba el dinero.

–No me abandonó por eso. Me dejó porque su padre amenazó con matar a su madre si seguía saliendo conmigo.

Emilio esperaba que reaccionara con asombro, pero no lo hizo. Y eso confirmó sus sospechas.

–Tú sabías lo de los malos tratos, ¿verdad? Sabías que el padre de Isabelle las maltrataba a ella y a su madre.

–Por supuesto que lo sabía. Pobre señora Winthrop… a veces la pegaba tanto que no se podía levantar de la cama durante semanas. E Isabelle no lo pasaba mejor –le confesó–. Nunca he deseado mal a nadie, pero me alegro de que se hombre muriera.

–Deberías habérmelo dicho. Podría haberlas ayudado.

Ella sacudió la cabeza.

–No. También te habría hecho daño a ti. Siempre tuve miedo de que descubriera que estabas saliendo con Isabelle.

–Pero lo descubrió, mamá.

–Oh, Emilio… siento mucho lo que pasó, pero tenías tanto potencial… me sentí aliviada cuando te abandonó.

–¿A pesar de saber que la quería?

–A pesar –respondió, con un destello de culpabilidad en la mirada–. Además, no sé por qué has vuelto con ella… Alejandro dice que la van a condenar.

–No si puedo evitarlo.

–Es una ladrona –afirmó.

–No. Es inocente.

–¿Cómo puedes estar tan seguro?

–Mi corazón lo sabe. Es inocente.

–Aunque sea así, todo el mundo la cree culpable.

Él se encogió de hombros.

–Me da igual lo que piensen los demás.

–Pero…

–Mamá, ¿recuerdas el día en que te pregunté por qué no te habías casado otra vez? Dijiste que papá era el único amor de tu vida y que no podías estar con otra persona. Pues bien, ahora lo entiendo. Tengo suerte de haber recuperado a Izzy. No la quiero perder de nuevo.

–¿Aunque te arriesgues a perder todo lo que has ganado?

–No voy a perder nada. El lunes por la mañana, a primera hora, le buscaré un abogado nuevo.

–Y la gente se enterará…

–Probablemente.

Su madre suspiro.

–Supongo que no me vas a hacer caso, ¿verdad?

–No.

–Entonces, rezaré por ti. Y por Isabelle.

–Gracias, mamá.

Emilio pensó que, tal como estaban las cosas, iba a necesitar toda la suerte del mundo.

Isabelle llamó a su madre, pero había salido a pasar el fin de semana con Ben y no la pudo localizar hasta el lunes, cuando pasó a verla y le contó toda la verdad.

Sorprendentemente, Adriana no se enfadó.

–Ya me lo había imaginado –le confesó–. Me parecía demasiada casualidad que tu supuesta jefa viviera en el mismo barrio que Emilio. Y cuando mencioné su nombre, te pusiste nerviosa.

–Y pensar que la gente me cree capaz de robar millones… ¡Si ni siquiera soy capaz de mentir bien! –se lamentó.

Su madre la invitó a sentarse y le sirvió un té.

–Siento haberte mentido, mamá, pero le prometí a Emilio que no se lo diría a nadie. Formaba parte de nuestro trato.

–Te va a ayudar, ¿verdad?

–Sí, va a hablar con su hermano para que no termines en la cárcel.

–¿Y qué te pasará a ti?

–No creo que Emilio pueda hacer nada… ya sabes lo que ha dicho mi abogado. Las pruebas son concluyentes.

–Seguro que Emilio puede hacer algo. Que hable con su hermano o llegue a algún tipo de acuerdo…

Isabelle estaba convencida de que su caso no tenía solución; pero quería tranquilizar a su madre, así que dijo:

–De acuerdo, hablaré con él.

Su madre suspiró, aliviada.

–¿Qué tal el fin de semana con Ben? ¿Te has divertido?

Adriana sonrió.

–Sí, ha sido maravilloso. Estuvimos en casa de unos amigos suyos, que son encantadores… pero debo admitir que me asusté cuando vi que nos habían puesto en la misma habitación.

–¿En serio? –preguntó, arqueando una ceja.

–Te prometo que no pasó nada –respondió, ruborizándose–. Bueno, no pasó mucho… aunque Ben besa bien.

–¿Solo bien?

La sonrisa de su madre se volvió más grande.

–Más que bien.

Tras unos minutos de conversación, Isabelle se despidió de su madre y volvió a la casa de Emilio, que salió a la puerta a recibirla.

–Por fin llegas… ya estaba a punto de salir a buscarte.

–He ido a ver a mi madre –explicó.

–¿Y cómo te ha ido? ¿Se ha enfadado mucho?

–No se ha enfadado.

–¿En serio? Bueno, ya hablaremos de eso más tarde… ahora quiero que conozcas a alguien.

Isabelle acompañó a Emilio hasta el salón, donde le presentó a un hombre atractivo, de su edad, que llevaba un traje impecable.

–Isabelle, te presento a David Morrison.

Morrison se levantó del sofá y le estrechó la mano.

–Encantado de conocerla, señorita Winthrop.

–Igualmente.

–David es abogado. Uno de los mejores. Se va a encargar de tu caso.

–¿Cómo?

–Vamos a despedir a Clifton Stone.

–Pero, ¿por qué?

–Porque no la está defendiendo bien –intervino Morrison–. Hemos revisado su caso y hemos descubierto que las pruebas que tienen contra usted son débiles. Iremos a juicio si es necesario; pero sinceramente, dudo que llegue a los tribunales.

–No entiendo nada… Además, no puedo pagar ningún abogado. Acepté los servicios de Stone porque se ofreció a defenderme *pro bono*, sin cobrar.

–Yo me encargo de eso –dijo Emilio.

–No, no lo puedo permitir…

–Me temo que es demasiado tarde, Izzy. Ya está hecho.

–Pero yo no puedo ir a juicio –protestó–. Si voy, mi padre podría terminar en la cárcel. Señor Morrison, aunque le agradezco su interés…

–Por favor, tutéame.

–Como quieras, pero…

–¿Quieres pasar veinte años en la cárcel? –la interrumpió el abogado.

–Claro que no.

–Pues pasarás veinte años en la cárcel si sigues con Stone. No sé por qué ha sido tan negligente contigo, pero parece muy sospechoso. O es un incompetente o tiene motivos ocultos.

–Aunque así fuera, no puedo permitir que mi madre termine en la cárcel.

–Tu madre no va a ir a la cárcel –afirmó Emilio–. Alejandro me ha dicho que retirarán la acusación contra ella. Y en cuanto a ti, ya has oído lo que dice David… es muy posible que ni siquiera te juzguen.

Cuando por fin la convencieron, Isabelle firmó los documentos necesarios y el abogado se marchó.

–No me gusta que te metas en esto, Emilio –dijo ella entonces–. ¿Qué pasará si alguien lo descubre?

–Te he dicho mil veces que no me importa lo que…

–Sí, ya lo sé, que no te importa que lo descubran. Pero a mí me importa –lo interrumpió–. Quiero que te mantengas lejos de mí hasta que se demuestre mi inocencia.

–Bueno, yo pensaba casarme antes contigo…

Ella se quedó boquiabierta, sin saber qué decir.

Isabelle se acercó a él y le dio un beso.

–Te amo, Emilio.

–No te preocupes por nada. Todo va a salir bien.

Ella le metió las manos por debajo de la chaqueta y preguntó:

–¿Tienes que volver al trabajo?

–Eso depende –respondió, sonriendo–. ¿Se te ocurre algo mejor?

–Claro que sí. Aún no hemos hecho el amor en la cocina.

–¿Ah, no? Pues tendremos que hacer algo al respecto.

Capítulo Quince

Isabelle jamás habría imaginado que la vida pudiera ser tan maravillosa. Se iba a casar con Emilio, iban a tener una familia y ni su madre ni ella irían a prisión.

Estaba sola en casa y llamaron a la puerta.

Al abrir, se quedó helada.

–Señora Suárez…

–¿Puedo pasar? –preguntó la madre de Emilio.

–Por supuesto.

–He venido a hablar contigo.

Isabelle la llevó al salón y la invitó a sentarse. También le ofreció algo de beber, pero rechazó el ofrecimiento.

Las dos mujeres se quedaron en un silencio tenso, que Isabelle rompió con nerviosismo.

–Siento mucho lo que le ha pasado a Estefan.

–¿Por qué? –preguntó, asombrada–. Emilio me ha contado que te quiso violar. Tenías derecho a defenderte. Además, los arañazos ya se le han quitado.

Isabelle bajó la mirada.

–Estefan es parte del motivo de mi visita. Quiero disculparme por su comportamiento; a fin de cuentas, soy su madre.

–¿Se encuentra bien?

–Lo desconozco. Se ha vuelto a ir y, conociéndolo, podrían pasar meses antes de que lo volvamos a ver. Pero no le des más vueltas… no ha sido

culpa tuya.

Isabelle sabía que no había sido culpa suya, pero eso no hacía que se sintiera menos responsable.

–También he venido para hablar sobre Emilio.

–Sí, ya lo imaginaba.

–Dice que eres inocente.

Ella asintió.

–Tengo un abogado nuevo. Me asegura que no iré a la cárcel.

–Y doy por sentado que Emilio está pagando sus facturas…

–Yo me opuse, pero él insistió. Aunque me alegro de que insistiera; si no le hubiera hecho caso, me habrían condenado a veinte años de cárcel.

–Emilio te ha hecho muchos favores, Isabelle. Creo que ya es hora de que tu le hagas uno.

–Por supuesto. ¿Que quieres que haga?

–Quiero que te marches.

Isabelle no supo qué decir.

–No te preocupes en exceso –continuó la madre de Emilio–. Solo quiero que te marches hasta que te declaren inocente. Mi hijo se ha esforzado mucho por llegar adonde está, pero te quiere tanto que no le importa arriesgarlo todo… Si tu amor es verdadero, no lo permitirás.

–¿Y si me declaran culpable? ¿Qué pasará entonces?

Ella no respondió. Pero no era necesario que respondiera. Un presidente de la Western Oil no podía estar casado con una mujer condenada por fraude. Si la condenaban y se casaba con ella, perdería el puesto y lo despedirían.

La señora Suárez tenía razón. Solo podía hacer una cosa; marcharse otra vez.

–He mantenido una conversación muy interesante con Cassandra –dijo Adam desde la puerta del despacho de Emilio.

–¿Ah, sí? ¿Qué ocurre? –preguntó su hermano, apartando la mirada del ordenador–. ¿Otra pesadilla para el departamento de relaciones públicas?

–Dímelo tú.

–¿Cómo?

Adam entró en el despacho y cerró la puerta.

–Un periodista ha llamado a Cassandra. Quería saber si es cierto que uno de los directivos de la Western Oil mantiene una relación amorosa con Isabelle Winthrop.

Emilio suspiró.

–¿Y qué ha dicho ella?

–Que no sabía nada. ¿Cómo va su caso, Emilio? Si la prensa ha empezado a investigar, el asunto nos podría estallar en las manos.

–Tiene un abogado nuevo que quiere ir a juicio. Está convencido de que Isabelle saldrá absuelta.

–Pero eso llevará tiempo…

–Adam, si tienes algo que decir, dímelo.

–Está bien, te lo diré. Si va a juicio y la prensa se entera de que estás saliendo con ella, dará igual que después la declaren inocente. El daño estará hecho y no conseguirás la presidencia de la empresa. Incluso es posible que te despidan.

–Deja que te pregunte una cosa. Supón que a Katy la acusaran de un delito y que tú supieras que es inocente… ¿La apoyarías? ¿Aunque tuvieras que sacrificarte por ella?

Adam respiró hondo.

–Por supuesto que sí.

–Entonces, ¿qué tiene de extraño que yo apoye a Isabelle? Sinceramente, creo que soy la persona más adecuada para sustituirte en la presidencia de la empresa; pero, ¿qué clase de hombre sería si no fuera fiel a mis principios y abandonara a la mujer que amo cuando más me necesita?

–Sí, supongo que tienes razón –admitió Adam–. De acuerdo. Intentaré apoyarte hasta el fin.

–Lo sé, Adam. Pero si las cosas se complican, no quiero que te arriesgues por mí. La responsabilidad es mía, no tuya.

Adam acababa de salir del despacho cuando Alejandro llamó a Emilio por teléfono.

–Hola, Alejandro… ¿qué quieres?

–Necesito hablar contigo. Tan pronto como sea posible.

–¿Puedes ir a mi casa dentro de una hora?

–Sí. ¿Isabelle estará allí?

–Claro. ¿Qué ocurre? ¿Hay algún problema?

–No, no. Ya hablaremos después.

Capítulo Dieciséis

Mientras el chófer lo llevaba a casa, Emilio se preguntó de qué querría hablar Alejandro. No podía ser del caso de Isabelle, porque su hermano sabía que no la podía interrogar si su abogado no estaba presente.

Cuando llegó a la casa y abrió la puerta, estuvo a punto de tropezar con un par de maletas que alguien había dejado en el vestíbulo.

–¿Qué demonios… ?

Isabelle apareció entonces en lo alto de la escalera. Llevaba un vestido nuevo que él le había regalado y estaba más bella que nunca. Pero por su expresión y por las maletas, Emilio supo que algo iba mal.

–¿Vas a alguna parte?

–Me marcho.

–¿Cómo? ¿Por qué?

–Porque tengo que irme. No puedes arriesgar tu carrera por mí.

–Isabelle…

–No me voy para siempre. Volveré en cuanto se me declare inocente de los cargos –afirmó–. Si perdieras el trabajo por mi culpa, tu familia no me perdonaría. Y a decir verdad, yo tampoco me lo perdonaría.

–¿Y qué pasará si no te declaran inocente? No quiero perderte otra vez…

Ella se mordió el labio.

–No me vas a perder. Te prometo que lucharé hasta el final, Emilio, que haré todo lo que sea necesario por demostrar mi inocencia. Y si me condenan… bueno, ya encontraré la forma de devolverte el dinero que te

has gastado en el abogado.

–¡El dinero no me importa! No voy a dejar que te vayas.

–No tienes elección.

Por la expresión de Isabelle, Emilio supo que hablaba en serio. Se iba a marchar aunque él se opusiera. Y sintió pánico.

–¿Hay alguien ahí?

Los dos se giraron hacia la puerta y miraron al recién llegado. Era Alejandro.

–¿Vas a alguna parte? –preguntó al ver las maletas.

–No te preocupes, no voy a salir de la ciudad –contestó Isabelle–. Me voy a casa de mi madre a pasar una temporada.

–No, no te vas –dijo Emilio.

–Me voy –insistió ella.

–¿Puedo preguntar por qué? –intervino Alejandro.

–Le preocupa que su caso haga daño a mi carrera –respondió Emilio.

–Ah, se trata de eso… entonces, será mejor que prestéis atención.

–No puedo hablar contigo sin mi abogado –le recordó Isabelle.

–Créeme, lo que tengo que decir te interesa.

–No responderé a tus preguntas.

–Ni yo te voy a interrogar.

Alejandro le dio un sobre a Isabelle y le pidió que lo abriera. Isabelle obedeció y se quedó atónita al ver lo que contenía.

–¿Mi pasaporte?

–No lo entiendo –declaró Emilio–. ¿Eso significa que puede salir del país?

Alejandro rio.

–Significa que la fiscalía ha retirado los cargos contra Isabelle.

–¿Cómo?

–Lo que has oído.

–¿Y qué pasa con mi madre? –quiso saber ella.

–También hemos retirado los cargos contra tu madre.

–¿Estás hablando en serio? No será una broma, ¿verdad?

–No es ninguna broma.

Isabelle se llevó una mano al pecho.

–Oh, Dios mío… todo ha terminado…

Emilio corrió hacia ella y la abrazó.

–Pero, ¿qué ha pasado? –preguntó Isabelle a Alejandro–. No lo entiendo.

–Hemos encontrado el dinero perdido. Lo tenía tu antiguo abogado, Clifton Stone.

–¿Stone? –repitió ella, sorprendida–. Jamás se me habría ocurrido que estuviera involucrado.

–¿Por eso representó mal a Isabelle? ¿Para que la condenarais a ella en lugar de condenarlo a él?

–En efecto. Sospechamos de él desde el principio, pero no teníamos pruebas y no podíamos intervenir en la defensa de Isabelle. Te pedí que intervinieras en el caso porque sabía que si Isabelle contrataba a un abogado distinto, Stone saldría corriendo y nos llevaría hasta el dinero – contestó.

–¿Y Stone os ha dicho que soy inocente? –preguntó Isabelle.

–No exactamente. Tenía tanto miedo de que lo atrapáramos que guardó toda la correspondencia que mantuvo con tu difunto marido. Al sentirse atrapado, nos ofreció la información a cambio de un trato. Dijo que la correspondencia demostraba tu inocencia y la de tu madre.

–Entonces, el caso está cerrado…

–Sí.

Emilio le estrechó la mano a su hermano.

–Gracias, Alejandro…

–Muchísimas gracias… –declaró Isabelle.

–En fin, será mejor que me vaya. Sospecho que tendréis muchas cosas de las que hablar… Ah, ¿qué os parece si cenamos juntos este fin de semana, en mi casa? Solo los cuatro. Y los niños, por supuesto.

–Me encantaría –dijo Isabelle.

–Excelente. Entonces, le diré a Alana que te llame por teléfono para que te diga la hora.

En cuanto Alejandro se fue, Isabelle se arrojó en brazos de Emilio.

–No puedo creer que todo haya terminado. Casi parece un sueño.

–Supongo que ahora te quedarás conmigo.

–Solo si quieres que me quede.

Emilio rio.

–¿Tú que crees? Estaba a punto de rogártelo…

–En ese caso, me quedaré.

–Pues vamos a celebrarlo. Abriré una botella de champán –dijo–. Aunque pensándolo bien, podríamos celebrarlo en un buen restaurante…

Ella le dio un beso.

–Prefiero que nos quedemos en casa.

Emilio sonrió de oreja a oreja.

–Me parece perfecto; pero antes tengo que hacer algo que debí hacer hace tiempo.

–¿Qué?

Emilio se puso de rodillas y la tomó de la mano.

–Isabelle, el destino nos ha concedido una segunda oportunidad, y no quiero pasar ni un solo día más sin saber que estarás conmigo para siempre. ¿Quieres casarte conmigo?

Los ojos de Isabelle se llenaron de lágrimas.

–Por supuesto que sí…

Emilio se incorporó y sacó una cajita del bolsillo de la chaqueta.

–Esto es para ti.

Isabelle la abrió y sonrió al ver el anillo.

–Sé que es un anillo de calidad cuestionable –continuó él–. Y supongo que querrás saber por qué… ¿Te acuerdas de lo que pasó hace quince años, cuando te pedí por primera vez que te casaras conmigo? No tenía dinero para comprarte un anillo y, de todas formas, no te lo habrías podido poner porque tu padre lo habría visto.

–Sí, lo recuerdo.

–Quedamos en que lo compraríamos juntos cuando nos fugáramos. Pero no podía esperar. Ahorré durante meses y compré el que pude, el que te regalo ahora.

–¿Lo has guardado todo este tiempo?

–No podía librarme de él. Supongo que, en el fondo, albergaba la esperanza de que volvieras conmigo.

Sé que es pequeño y de muy poco valor, así que no me enfadaré si no te lo pones.

Ella sacó el anillo de la cajita y se lo puso.

–Emilio… ni el diamante más grande del mundo significaría tanto para mí.

–¿Estás segura?

–Sí. Lo llevaré siempre.

Él le acarició la mejilla.

–Te amo, Isabelle.

Isabelle se puso de puntillas y le dio un beso.

–Y yo a ti. Casi no puedo creer que esto sea real.

–¿Por qué?

–Porque estaba convencida de que la felicidad no era para mí; de que,

por algún motivo, no la merecía. Y de repente, tengo todo lo que había deseado… –le confesó–. No dejo de pensar que es un sueño.

–Pues es real. Y te lo mereces.

Mientras hablaba, Emilio pensó que iba a tener mucho tiempo para demostrarle hasta qué punto era real. Concretamente, toda una vida.